

SEMINARIO DE HISTORIA

Dpto. de H^a Social y del Pensamiento Político, UNED
Dpto. de H^a del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, UCM
Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón

Curso 2013-2014
Documento de trabajo 2014/2

LA GUERRA EN UN PAÍS NEUTRAL. LOS INTELLECTUALES ESPAÑOLES FRENTE A EUROPA (1914-1918)

Maximiliano Fuentes Codera
(Universitat de Girona)

SESIÓN: JUEVES, 20 DE FEBRERO, 19 H.

Lugar: Aula 2 (Edificio Arniches)
Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset
c/ Fortuny 53, 28010 Madrid

Contacto: seminariodehistoria@gmail.com

La guerra en un país neutral. Los intelectuales españoles frente a Europa (1914-1918)

Maximiliano Fuentes Codera

Universitat de Girona

“*The New Year opens in hope, with opportunity, with the certainty of good things, good business, and carefree minds, if only the opportunity be availed of,*” afirmaba eufórico *The New York Times* el primer día de 1914. En Europa, la situación era mucho más mesurada. En la última edición del año que concluía, el semanario británico *The Spectator* ilustraba la contención que dominaba el continente después de los sucesivos conflictos imperialistas que habían tenido lugar desde el inicio del siglo, “*One great advantage of the present time, which is the outcome of many past disadvantages and much tribulation, is that men have had their fill of fighting*”. A pesar de las diferentes esperanzas proyectadas, unos y otros, americanos y europeos, parecían desconocer la enorme mutación que estaba a punto de producirse. La “edad de la seguridad” que recordaría con melancolía algunas décadas más tarde Stefan Zweig en su imprescindible *El mundo de ayer* se desmoronaría en diferentes fases pero con gran rapidez a partir de agosto de 1914.

Como es conocido, en la periodización que parece haberse impuesto en las últimas décadas en la historiografía, según la cual los años comprendidos entre 1914 y 1945 fueron una época dominada por una “guerra civil europea”, la Gran Guerra constituye el punto de partida de una nueva época y se nos aparece como un verdadero laboratorio de las violencias que sobrevendrían. En cierta manera y a riesgo de reducir la complejidad inherente a unos desarrollos políticos, económicos, sociales y culturales que tuvieron lugar en unas pocas décadas, representa no solamente el final del largo siglo XIX sino también el comienzo de una “guerra de treinta años” que acabó por configurar un siglo tan modernizador como trágico. Con el derrumbe de los grandes imperios europeos tras la conflagración, la crisis del liberalismo dio lugar a una explosión de alternativas nacionales, políticas y culturales que cuestionaron de manera radical el tradicional enfrentamiento entre progreso y reacción que había dominado el siglo anterior. Entonces, se abrió la puerta a un proceso –que se había incubado antes de la guerra pero que ésta contribuyó de manera decisiva a potenciar– cargado de múltiples y variadas salidas posibles, entre las cuales acabaron por imponerse las de inspiración bolchevique y fascista¹.

Tal como plantearon Antoine Prost y Jay Winter, la historiografía sobre la Primera Guerra

¹ Enzo TRAVERSO: *A Sangre y fuego: de la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, PUV, 2009; Julián CASANOVA: *Europa contra Europa (1914-1945)*, Barcelona, Crítica, 2011.

Mundial ha pasado por tres grandes configuraciones sucesivas. La primera, que se desarrolló entre 1918 y finales de los años cuarenta, estuvo dominada por los estudios de historia militar y diplomática. Estuvo fundamentada básicamente en documentos oficiales y se propuso encontrar el culpable del inicio del conflicto. En ella, los combatientes y las sociedades fueron los grandes ausentes. Justamente, éstos fueron los protagonistas del siguiente paradigma que, bajo la influencia de la Historia social de *Annales*, ganaron el centro de la escena después de la derrota del nazismo. Esta reorientación hacia una historia de raíz marxista y analítica puso en el centro de los debates los elementos de continuidad entre las dos guerras mundiales. Fue entonces cuando comenzó a hablarse de una “guerra de treinta años” en el continente. Si la cuestión central de la primera configuración había sido la de las hostilidades, ahora el eje había basculado hacia las relaciones entre guerra y revolución. En este contexto, hacia mediados de los años setenta, empezaron a publicarse algunos trabajos que, a pesar de seguir privilegiando esta historia social y unos objetos de estudios vinculados al movimiento obrero, mostraron una cierta ampliación de los horizontes. Los propios Winter y Prost, John Horne, Jean-Jacques Becker y Marc Ferro incorporaron a los acontecimientos militares y diplomáticos el estudio de la opinión pública, la organización económica y las víctimas, entre otros temas. En Alemania, esta modificación relanzó los estudios de historia diplomática y militar sobre la cuestión de los objetivos de la guerra y la política interior y dio lugar a trabajos muy relevantes como los de Fritz Fischer, que suscitaron unos debates que derivaron con rapidez hacia los orígenes del nazismo. La tercera configuración tuvo en la cultura –entendida desde la perspectiva historiográfica del “giro cultural”– su elemento central de análisis. En pocos años se pasó de analizar “sociedades europeas” a pensarlas en términos de “culturas” en confrontación².

Desde este marco general, a partir de los años noventa comenzaron a publicarse una amplia variedad de estudios que dieron lugar a importantes y encendidos debates que dinamizaron y multiplicaron el conjunto de las investigaciones sobre diferentes aspectos del conflicto. Como parte de esta evolución, el desarrollo del concepto “cultura de guerra” dio lugar a una importante renovación historiográfica. Con él, definido por Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker como “*le champ de toutes les représentations de la guerre forgées par les*

² Antoine PROST y Jay WINTER: *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, París, Seuil, 2004; Annika MOMBAUER: “The Fischer Controversy, Documents and ‘Truth’ About the Origins of the First World War”, *Journal of Contemporary History*, 48(2) (2013), pp. 290-314. Sobre el pasaje de “sociedades” a “culturas”, pueden compararse los volúmenes Jean-Jacques BECKER y Stéphane AUDOIN-ROUZEAU (coords.): *Les sociétés européennes et la guerre de 1914-1918. Actes du colloque organisé à Nanterre et à Amiens du 8 a 11 décembre 1988*, París, Université de Nanterre, 1990; Jean-Jacques BECKER *et al.*: *Guerre et cultures 1914-1918*, París, Armand Colin, 1994. Sobre los orígenes de la guerra, véanse, entre una amplísima bibliografía: Annika MOMBAUER: *The Origins of the First World War: Controversies and Consensus*, Londres, Longman, 2002 y los recientes Christopher CLARK: *The Sleepwalkers: How Europe went to War in 1914*, Londres, Penguin, 2012 y Margaret MACMILLAN: *1914. De la paz a la guerra*, Madrid, Turner, 2013.

contemporains”³, se pretendía diluir la separación entre el frente y la retaguardia y desarticular la tesis de que los soldados habían sido agentes meramente pasivos bajo la presión de sus superiores. Se abrían así vías hacia estudios sobre el impacto del conflicto sobre los niños y su educación, las atrocidades de la guerra, los procesos de construcción de memoria y duelo, y las violencias, entre otros. Esta estimulante y al mismo tiempo controvertida formulación, difundida por la mayoría de los miembros del Historial de Péronne –quienes eran, a su vez, parcialmente deudores de las tesis de la “brutalización” del período entreguerras de George Mosse–, originó una fuerte discusión, primero en Francia y luego entre todos los especialistas mundiales sobre la Gran Guerra, que se concentró en los límites del consentimiento y la coerción de los gobiernos para mantener las sociedades en guerra⁴. Como parte de este proceso, la figura del testimonio y el análisis de la construcción de la memoria colectiva cobró una especial importancia, tal como se demostró en el repetidamente analizado caso de Jean Norton Cru⁵. Esta renovada historia de matriz cultural tuvo reflejos tanto en Alemania como en Gran Bretaña y, finalmente, acabó por extenderse más allá de los estudios sobre la Gran Guerra hasta llegar a su potencial aplicabilidad, por ejemplo, en los estudios sobre la Guerra Civil española⁶. Como resultado de este nuevo enfoque y de las polémicas que se derivaron de él, tal como insistieron John Horne y Christophe Prochasson, la guerra dejó de presentarse como un bloque homogéneo y se fragmentó en varias fases que pusieron de manifiesto tanto la utilidad como los límites del uso del concepto. Comenzó a hablarse de entonces de “culturas de guerra” y de “movilización” y “desmovilización” cultural⁷.

Uno de los hechos más significativos de toda esta renovación historiográfica alrededor de conceptos como “cultura/s de guerra” y “movilización cultural” fue la emergencia de un conjunto de trabajos a nivel continental sobre los intelectuales, las comunidades académicas y el

³ Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Annette BECKER: “Violence et consentement : la “culture de guerre” du premier conflit mondial”, en Jean-Pierre RIOUX y Jean-François SIRINELLI (dirs.): *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, p. 252.

⁴ Leonard SMITH: “The *Culture de guerre* and French Historiography of the Great War of 1914-1918”, *History Compass*, 5-6 (2007), pp. 1967-1979.

⁵ Frédéric ROUSSEAU: *Le procès des témoins de la Grande Guerre. L'affaire Norton Cru*, París, Seuil, 2003; Leonard V. SMITH: *The Embattled Self. French Soldiers' Testimony of the Great War*, Ithaca-London, Cornell University Press, 2007.

⁶ Como ejemplos, Gerhald HIRSCHFELD *et al.* (dirs.): *Kriegserfahrungen. Studien zur Social unes Mentalitätsgeschichte des Ersten Weltkriegs*, Essen, Klartext, 1997; John HORNE (ed.): *State, society and mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, CUP, 1997; Jay WINTER: *Sites of Memory, Sites of Mourning. The Great War in European Cultural History*, Cambridge, CUP, 1995. Para el caso español, véanse Javier RODRIGO: “Presentación”, *Ayer*, 76 (2009), pp. 13-36 y Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión desde el contemporaneísmo español”, *Historia Social*, 61 (2008), pp. 69-87.

⁷ Christophe PROCHASSON: “La guerre en ses cultures”, en Jean-Jacques BECKER (dir.): *Historie culturelle de la Grande Guerre*, París, Armand Colin, 2005, p. 263. Para un desarrollo de estos conceptos, véanse “Introduction”, en John HORNE (ed.): *State, society...*, pp. 1-17 y el dossier coordinado por el mismo autor, “Démobilisations culturelles après la Grande Guerre”, *14-18. Aujourd'hui. Today. Heute*, 5 (2002); véase también la obra colectiva Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Christophe PROCHASSON (dirs.): *Sortir de la Grande Guerre. Le monde et l'après-1918*, París, Tallandier, 2008.

mundo de la cultura que pretendieron analizar sus redes de sociabilidad, sus relaciones con el poder, la política y la educación, y su papel fundamental en la construcción de nuevos discursos y culturas nacionales desde una perspectiva dinámica y atenta al desarrollo del conflicto. En este contexto, los intelectuales dejaron de ser tratados como individuos aislados para ser analizados en la complejidad de sus relaciones con la política, el poder y las sociedades, así como en sus medios de reproducción e influencia⁸.

Los debates no han cesado. Una rápida mirada en las librerías especializadas da cuenta de que la cuestión del consentimiento y la unanimidad de las sociedades europeas en guerra se encuentra lejos de ser un tema zanjado. En este sentido, entre la amplísima bibliografía que ha aparecido recientemente (y que, sin lugar a dudas, se multiplicará al calor de los centenarios del conflicto), vale la pena destacar el libro de Nicolas Mariot *Tous unis dans la tranchée?: 1914-1918, les intellectuels rencontrent le peuple*, donde se muestra la distancia que separaba en Francia las representaciones elaboradas por hombres como Guillaume Apollinaire, Henri Barbusse, Marc Bloch, Maurice Genevoix, Georges Duhamel o Léon Werth de lo que experimentaban los combatientes en los frentes de batalla. Desde su perspectiva, la tan manida Union Sacrée estuvo muy lejos de concretarse en los términos de un consentimiento y una estabilidad permanente y sin fisuras en los frentes, a pesar de que los intelectuales jugaron en su mayoría un papel esencial para intentar construirla y reconstruirla durante todo el conflicto⁹.

¿Y los países neutrales? España en un contexto internacional

A pesar de que el estudio del impacto de la guerra en los países neutrales es sensiblemente menor al de aquellos que intervinieron en el conflicto, actualmente la bibliografía disponible comienza a ser significativa¹⁰. Aunque España ha sido casi siempre un escenario olvidado en el

⁸ Christophe PROCHASSON y Anne RASMUSSEN: *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la première guerre mondiale (1910-1919)*, París, La Découverte, 1996; Martha HANNA: *The Mobilization of Intellect. French Scholars and Writers during the Great War*, Cambridge, Harvard University Press, 1996; Kurt FLASCH: *Die geistige Mobilmachung. Die deutschen Intellektuellen und der Erste Weltkrieg. Ein Versuch*, Berlín, Verlag Alexander Fest, 2000; Aviel ROSHWALD y Richard STITES (eds.): *European culture in the Great War. The arts, entertainment and propaganda, 1914-1918*, Cambridge, CUP, 1999. Véanse también los trabajos de Wolfgang MOMMSEN, Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Andrea FAVA, en John HORNE (ed.): *State, society...*, pp. 21-69.

⁹ Nicolas MARIOT: *Tous unis dans la tranchée?: 1914-1918, les intellectuels rencontrent le peuple*, París, Seuil, 2013.

¹⁰ Entre las obras de carácter relativamente general destacan: Hans SCHMITT (ed.): *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988; Rebecka LETTEVALL, Geert SOMSEN y Sven WIDMALM (eds.): *Neutrality in Twentieth-century Europe: Intersections of Science, Culture, and Politics After the First World War*, York, Routledge, 2012. Sobre algunos países en concreto: Ismee TAMES: “‘War on our Minds’ War, neutrality and identity in Dutch public debate during the First World War”, *First World Studies*, 2 (2012), pp. 201-216; Maartje ABBENHUIS: *The Art of Staying Neutral: The Netherlands in the First World War, 1914-1918*,

análisis de la Gran Guerra a nivel mundial y también en el contexto de los países neutrales, gracias al destacado trabajo de algunos investigadores, desde hace algunos años ha comenzado a formar parte de los análisis más generales. En este sentido, vale la pena mencionar las recientes aportaciones de Javier Ponce –dedicada al tema de la neutralidad–, Anne Rosenbush y Carolina García Sanz, publicadas en compilaciones sobre los países que permanecieron al margen de la contienda¹¹. Son trabajos, especialmente el volumen coordinado por Johan den Hertog y Samuël Kruizinga, que se plantean de manera aún exploratoria, una mirada global, transnacional, al papel de los países neutrales. En este nuevo contexto que parece vislumbrarse, el caso español es cada vez menos “excepcional” y cada vez más equiparable a lo sucedido en otros escenarios, tanto a nivel europeo como americano. Así, abriendo la puerta a un análisis comparativo, puede empezar a observarse desde un nuevo prisma la existencia de muchos elementos comunes entre España y varios países de su entorno más cercano: la presencia de espías y de una activa propaganda de las potencias beligerantes, el desigual impacto económico a nivel interno del desarrollo del conflicto, los arduos debates en la cultura y la política alrededor de la defensa o el cuestionamiento de la neutralidad oficial, la aparición de unos campos agriamente enfrentados (germanófilos y aliadófilos, neutralistas y rupturistas), la renovación de los discursos sobre la nación y, finalmente, las consecuencias abiertas dejadas por la conflagración en el conjunto de las sociedades. Pero este ejercicio comparativo no debería limitarse al entorno europeo ya que, por varias razones, parece especialmente importante establecer puntos de comparación y análisis entre los casos español y argentino. Las estrechas relaciones culturales, la habitual presencia de escritores españoles en las páginas de los periódicos porteños, y los constantes viajes de profesores e intelectuales españoles hacia Argentina durante las primeras décadas del siglo pasado al amparo de la Institución Cultural Española configuran un conjunto de elementos que dan sentido a este ejercicio comparativo. No casualmente, la influyente estancia de José Ortega y Gasset en Argentina durante el verano de 1916 tuvo como telón de fondo los debates suscitados por la guerra¹². Tal como han mostrado algunos trabajos recientes de Antoine Compagnon y María Inés Tato, la división social, política y cultural que se produjo en Buenos

Amsterdam, Amsterdam University Press, 2006; Claes ANHLUD (ed.): *Scandinavia in the First World War: studies in the war experience of the Northern neutrals*, Suecia, North Academic Press, 2012.

¹¹ Javier PONCE: “Spanish Neutrality during the First World War”, en Johan DEN HERTOOG and Samuël KRUIZINGA (ed.): *Caught in the Middle: Neutrals, Neutrality and the First World War*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2011, pp. 53-66; Anne ROSENBUSH: “Por la patria y por la verdad – Germany’s effort to maintain Spanish neutrality during the First World War” y Carolina GARCIA SANZ: “British propaganda dilemma over neutrals during the Great War: more business than usual?”, en Maria Fernanda ROLLO, Ana Paula PIREs y Noémia Malva NOVAIS (eds.): *War and propaganda in the XXth Century*, Lisboa, IHC - CEIS20, 2013, pp. 19-26 y 27-33.

¹² Marta CAMPOMAR: *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 305-382; Maximiliano FUENTES CODERA: “José Ortega y Gasset y Eugenio d’Ors: las primeras visitas a Argentina y sus proyecciones”, en Paula BRUNO: *Visitas culturales en la Argentina, 1898-1936*, Buenos Aires, Biblos, 2014 (en prensa).

Aires y otras ciudades fue comparable a la española y ambos contextos estuvieron comunicados y resultaron influidos por las reflexiones desarrolladas a un lado y otro del océano¹³.

A nivel español, los aspectos más analizados en las últimas décadas han sido las relaciones internacionales, la economía y la relación entre el conflicto social y político interior y el desarrollo europeo¹⁴. También han sido trabajados con profundidad los temas vinculados a la propaganda así como las múltiples relaciones del conflicto entre la aliadofilia y el desarrollo del nacionalismo catalán¹⁵. A pesar de que existen estudios dedicados a algunas figuras y revistas, no disponemos de una visión de conjunto que analice el impacto del conflicto. Por ello, aún sigue citándose el *Francófilos y germanófilos* de Fernando Díaz-Plaja, un trabajo que se encuentra lejos de ser un análisis de historia intelectual en los términos que lo son algunas obras de referencia europeas. Sin lugar a dudas, las aportaciones más relevantes continúan siendo los trabajos de Gerald Meaker y Javier Varela¹⁶. Como parte de este marco general, es importante tener en cuenta que en las obras recientes que han realizado una interpretación general sobre los intelectuales españoles durante los siglos XIX y XX, la importancia de la Gran Guerra aparece desdibujada, como una referencia marginal de un proceso intelectual iniciado en 1898 y que acabaría en la Segunda República y en la posterior Guerra Civil. Además, 1914 se ha construido como una frontera en los estudios. A diferencia de lo que pretendió mostrar Robert Wohl en *The*

¹³ Olivier COMPAGNON: *L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre (Argentine et Brésil, 1914-1939)*, París, Fayard, 2013; María Inés TATO: "[La contienda europea en las calles porteñas. Manifestaciones cívicas y pasiones nacionales en torno de la Primera Guerra Mundial](#)", en María Inés TATO y Martín O. CASTRO (eds.): *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina, Buenos Aires*, Imago Mundi, 2010, pp. 33-64.

¹⁴ Francisco ROMERO SALVADÓ: *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002; Carolina GARCÍA SANZ: *La Primera Guerra Mundial en el Estrecho de Gibraltar. Economía, política y relaciones internacionales*, Madrid, CSIC, 2012; Francisco Javier PONCE MARRERO: *Canarias en la Gran Guerra, 1914-1918: estrategia y diplomacia. Un estudio sobre la política exterior de España*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria Ediciones, 2006. Para un análisis de la historiografía sobre la neutralidad española, aunque centrado casi exclusivamente en los estudios sobre relaciones internacionales, véase Rubén DOMÍNGUEZ MÉNDEZ: "La Gran Guerra y la neutralidad española: entre la tradición historiográfica y las nuevas líneas de investigación", *Spagna Contemporanea*, 34 (2008), pp. 27-44.

¹⁵ Paul AUBERT: "La propagande étrangère en Espagne dans le Premier tiers du XXe siècle", *Mélanges de la Casa Velázquez*, 31/3 (1995), pp. 103-176; Jean-Marc DELAUNAY: "Relations franco-espagnoles autour de la Première Guerre Mondiale", *Mélanges de la Casa Velázquez*, XVIII/2 (1982), pp. 129-148; Luis ÁLVAREZ GUTIÉRREZ: "Intentos alemanes para contrarrestar la influencia francesa sobre la opinión pública española en los años precedentes a la Primera Guerra Mundial", en VVAA: *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1986, pp. 1-22, y véanse también los artículos de Fernando GARCÍA SANZ, Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y María Dolores ELIZALDE PÉREZ-GRUESO en el dossier "Los servicios de información modernos y contemporáneos", *Revista de Historia Militar*, 4 (2005), pp. 147-258. Sobre Cataluña: David MARTÍNEZ FIOL: *El catalanisme i la Gran Guerra. Antologia*, Barcelona, La Magrana, 1988; ÍD.: *Els «Voluntaris catalans» a la Gran Guerra (1914-1918)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991 y Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, Catarroja-Valencia, Afers-Universitat de València, 2010.

¹⁶ Gerald MEAKER: "A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918", en Hans SCHMITT (ed.): *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988, pp. 1-65; Javier VARELA: "Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra", *Claves de razón práctica*, 88 (1998), pp. 27-37.

Generation of 1914 (1979), este año no constituye un punto de partida para nuevas reflexiones sino, más bien, el final de un proceso iniciado en 1898. Así pues, la cronología estrictamente española parece imponerse frente al contexto europeo.

Hace más de diez años Manuel Espadas Burgos afirmaba que la incidencia de la Primera Guerra Mundial en España era “uno de los capítulos de la historia de nuestro siglo más necesitado de investigación”¹⁷. Posiblemente, a la luz del centenario que se avecina esta afirmación comenzará a dejar de tener sentido. Se anuncian publicaciones importantes sobre diversos aspectos del conflicto que van desde las relaciones internacionales hasta el espionaje y la diplomacia¹⁸. Los aspectos culturales e intelectuales recientemente han recibido una destacada atención y la continuarán recibiendo¹⁹. En este contexto, es posible aventurar que hacia el fin de las conmemoraciones contaremos con una importante nueva bibliografía que pondrá de relieve tanto el impacto de los años comprendidos entre 1914 y 1918 en la política y la cultura españolas como su falta de “excepcionalidad” en el contexto europeo y mundial.

La neutralidad y la configuración de dos campos enfrentados

Como es conocido, frente al inicio de las hostilidades, el gobierno conservador de Eduardo Dato declaró la posición neutral del Estado en *La Gaceta* del 30 de julio de 1914. A pesar de que hubo de salvar algunos momentos de tensión, esta posición se mantuvo hasta el final de la guerra. En los primeros meses, la opinión de que España no podía involucrarse en el conflicto fue compartida por casi toda la sociedad, no obstante algunas declaraciones de Alejandro Lerroux, Melquíades Álvarez y el conde de Romanones que parecieron amenazar esta aparente unanimidad. Sin embargo, con el paso de los meses el consenso inicial dio paso a un debate sobre el carácter de la neutralidad que acabó por convertirse en una encendida polémica en la que todos se posicionaron. Los partidos políticos comenzaron a cuestionar los argumentos que sostenían la neutralidad estatal y empezó entonces a hablarse de simpatías y fobias. Pronto neutralidad dejó de ser un concepto unívoco y pasó a tener decenas de adjetivaciones que denotaron unas preferencias muy concretas que contribuyeron, a su vez, a configurar unos campos culturales y políticos que se acabaron expresando de manera antagónica. En esta situación los mundos de la política y la cultura se fueron entrelazando alrededor de las tres opciones que la guerra ofrecía para el futuro de España: la monarquía parlamentaria, encarnada

¹⁷ Manuel Espadas Burgos, “España y la Primera Guerra Mundial”, en Javier Tusell *et al.*, *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED, 2000, p. 97.

¹⁸ Fernando GARCÍA SANZ: *España en la Gran Guerra*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Paul AUBERT: *Nidos de espías*, Madrid, Alianza, 2014.

¹⁹ Maximiliano FUENTES CODERA (ed.): “La Gran Guerra de los intelectuales. España en Europa”, *Ayer*, 91 (2013); Jordi AMAT y José Ramón GONZÁLEZ (eds.): “La Gran Guerra en nuestras letras”, *Ínsula*, 804 (2013); también el monográfico dedicado a la guerra en *Historia y comunicación social*, 18 (2013). Para la próxima primavera está prevista la publicación de Maximiliano FUENTES CODERA: *España ante la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014.

por Gran Bretaña, la república laica francesa y la monarquía autoritaria y militarista simbolizada por Alemania.

Durante los primeros meses de 1915 comenzó a configurarse un escenario de bloques antagónicos en los cuales los partidos políticos se situaron con mayor claridad que antes y se empezó a distinguir que las opciones asumidas frente al conflicto europeo estaban directamente vinculadas a los múltiples (y a menudo discordantes dentro de cada bloque) proyectos políticos. Entre los simpatizantes de las potencias centrales destacaron la Corte y el conjunto de la aristocracia, liderados por María Cristina, y los partidos carlistas y mauristas. También lo hizo el Ejército y la mayoría de la Iglesia católica. Entre los partidos y movimientos políticos, el maurismo fue uno de los grupos más activos, aunque el carlismo fue el que ejerció de manera más vehemente la militancia germanófila y el que tuvo la mayor incidencia social y política. Las ideas de Juan Vázquez de Mella ejercieron una gran influencia en todo el arco germanófilo. La guerra fue, desde su punto de vista, básicamente un conflicto entre Alemania e Inglaterra en el cual los intereses de la primera eran compatibles con los de España y, por ello, había de defenderse la “neutralidad absoluta”. Pero esto no podía afirmarse para la nación, ya que ésta no podía olvidar sus intereses permanentes territoriales y raciales. Una vez que Inglaterra quedara marginada del centro de la escena política –éste era el plan–, España podría conseguir la unión con Portugal a través de la reconstitución federal de la Península y, desde esta nueva posición, estaría en condiciones de plantearse la reconquista de Gibraltar como centro de la reorientación de una nueva política internacional que había de concluir con la constitución de unos Estados Unidos de América del Sur que contrarrestara, a su vez, la creciente influencia del imperialismo norteamericano. Era una propuesta geopolítica para un renacimiento de la nación que había de poner fin al “parlamentarismo” y a la “falsa democracia” a través de tres “dogmas nacionales”: la soberanía sobre las costas, la federación con Portugal y el imperio espiritual sobre América, un panhispanismo que no era sino una reacción renovada contra la derrota frente a Estados Unidos en 1898, que se configuraba aquí de manera precoz, y que sería recogido más tarde como *Hispanidad* por el nacionalcatolicismo²⁰.

Entre los partidarios de los aliados resaltaron los diversos agrupamientos republicanos, los partidos socialista y reformista, y especialmente los intelectuales. El estallido de la guerra les encontró sumidos en un nuevo proyecto generacional y en un proceso de acercamiento con la política. Mientras que en Barcelona los intelectuales noucentistas ocupaban importantes espacios de poder institucional en la Mancomunitat dirigida por Enric Prat de la Riba, en Madrid también se produjo una aproximación entre los hombres del 98 y los del 14 bajo el liderazgo de Ortega. En este marco general, y como instancia potencialmente superadora de las

²⁰ Juan VÁZQUEZ DE MELLA: *El ideal de España. Los tres dogmas nacionales*, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1915; Maximiliano FUENTES CODERA: “Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)”, *Ayer*, 91 (2013), pp. 63-92.

impotentes iniciativas precedentes, la Liga de Educación Política había hecho su aparición pública en los aledaños del Partido Reformista pocos meses antes. El modelo de la liga, orientada por Ortega, estaba caracterizado por una serie de rasgos bastante bien delineados: la concepción de la política como acción de la cultura, la voluntad de constituirse como una organización alternativa al modelo partidista entendida como grupo de intervención pedagógica y regeneradora, el cariz elitizante que diferenciaba a los destinatarios de los directores de la acción reformadora, y, por último, la necesidad de poner fin a las prácticas políticas propias de la Restauración. La creación de este agrupamiento, de su efímero órgano de prensa, *Política*, y la conferencia de Ortega pronunciada para celebrar su nacimiento en el Teatro de la Comedia de Madrid el 23 de marzo de 1914, titulada “Vieja y Nueva Política”, constituyeron los actos cenitales del proceso de expresión pública de la generación del 14. En esta famosa alocución, Ortega había presentado la conocida distinción entre una España *oficial* y una España *vital* y, dando un paso respecto a sus análisis anteriores, había afirmado que junto a los gobernantes, los gobernados también eran sujetos activos de la España *oficial* moribunda. Desde su perspectiva, la Restauración encarnaba la imagen viva de todos los males de la vieja España que cerraban la vida del país a cualquier renovación²¹.

A partir de este diagnóstico, el programa de recuperación nacional partía de una parte de la raza –entendida como producto cultural– en estado de regresión que debía ser rescatada de los ecos del derrumbe nacional. Los ejes vertebrales de la sanación eran el liberalismo y la nacionalización. De lo que se trataba era de nacionalizar España y, dentro de ella a todas las instituciones y los partidos, desde la Monarquía a los republicanos. Como ya había planteado muchas veces, en este proceso de regeneración nacional la nueva generación de intelectuales debía asumir el rol de fuerza directora. El inicio de la Gran Guerra pareció ser una oportunidad excepcional para poner en práctica este proyecto intergeneracional que vinculaba estrechamente Europa y España. La gran mayoría de los intelectuales que habían bebido de las fuentes del regeneracionismo y el institucionismo recondujeron sus ideas en el marco de un heterogéneo aliadofilismo –y, en menor medida, de particulares discursos neutralistas y germanófilos–, radicalizando sus argumentaciones, que asumieron en no pocos casos características ciertamente místicas, a la espera de que la influencia de Europa, primero en guerra y después en paz, sacara a España de su decaimiento nacional.

Las primeras reacciones frente a la guerra mostraron un cierto desconcierto ya que, como pensaba Ortega y Gasset, la relevancia del proceso abierto en el continente contrastaba con el adormecimiento nacional. Mientras comenzaba “el incendio del mundo”, Madrid parecía

²¹ “Vieja y Nueva Política”, en José ORTEGA Y GASSET: *Obras Completas. Tomo I*, Madrid, Taurus - Fundación Ortega y Gasset, 2004, pp. 710-736 (la cita en p. 717). Para el desarrollo del pensamiento de Ortega resulta fundamental la consulta de Javier ZAMORA BONILLA: *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002.

aletargada, “muy próxima a la idiotez”, escribió en unas anotaciones inéditas entonces²². A pesar de sus constantes polémicas y enemistades transitorias con Ortega, Araquistáin y otros jóvenes, Unamuno fue uno de los personajes clave para entender los puentes establecidos entre las dos generaciones. El pensador vasco pronto manifestó sus preferencias aliadófilas y contrarias a la *Kultur* alemana y detectó que la sociedad española comenzaba a dividirse entre dos sectores, los germanófilos y los francófilos, que, en su interior constituían dos ortodoxias que representaban la vieja tensión entre las dos Españas. Desde este punto de vista, la guerra podía tener virtudes purificadoras –“Dicen que la guerra es como una tempestad que purifica la atmósfera”, escribió– siempre que se desarrollara noblemente, como un “holocausto de sacrificio”²³. Para la gran mayoría de escritores españoles, tanto aliadófilos como germanófilos, la guerra apareció como una instancia nueva que podía llevar a España a un cambio profundo, una rotunda corrección de la mediocridad y la pérdida de sentimiento nacional reinantes en España. No es casual que durante los primeros meses se multiplicaran los libros destinados a analizar el conflicto desde diferentes perspectivas²⁴.

Los intelectuales ocuparon un papel central en la articulación de estos campos enfrentados. Tal como sucedió en el conjunto del continente, esta división se escenificó en una serie de manifiestos. El primer texto que apareció fue el neutralista “Manifest del Comitè d’Amics de la Unitat Moral d’Europa” redactado por Eugenio d’Ors y hecho público a finales de noviembre de 1914 en Barcelona. Sin dudas, la serie de glosas titulada *Lletres a Tina*, publicadas desde agosto de 1914 hasta enero del año siguiente en *La Veu de Catalunya*, constituyen uno de los documentos más interesantes de estos primeros meses de conflicto entre los intelectuales españoles. Allí Xènius dio lugar a una visión ciertamente particular del conflicto e impulsó un neutralismo europeísta profundamente intelectualista que, sin dejar de simpatizar por el orden y la jerarquía alemanes, se propuso defender una cultura europea común frente al vendaval militarista. Esto le relacionó con Romain Rolland y los marginales ambientes del pacifismo europeo y le llevó a un cierto aislamiento tanto en Barcelona como en Madrid²⁵. Como respuesta a esta iniciativa, un numeroso grupo de intelectuales catalanes, en su mayoría vinculados a sectores nacionalistas republicanos, firmó el “Manifest dels Catalans”, una clara

²² Anotaciones sobre la guerra en forma de diario”, en José ORTEGA Y GASSET: *Obras completas. Tomo X. Escritos políticos - I (1908-1921)*, Madrid, Revista de Occidente, 1969, pp. 250-255.

²³ Miguel de UNAMUNO: “¡Venga la guerra!”, *Nuevo Mundo*, 19 de setiembre de 1914, p. 5.

²⁴ Como ejemplo: Rafael ALTAMIRA: *La guerra actual y la opinión española*, Barcelona, Araluce, 1915; Álvaro ALCALÁ GALIANO: *La verdad sobre la Guerra. Origen y aspectos del conflicto europeo*, Madrid, 1915; Luis ARAQUISTÁIN: *Polémica de la guerra*, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 2008 (1915); Vicente GAY: *El imperialismo y la Guerra Europea. Los principios nacionalistas y el iberismo*, Madrid, Francisco Beltran, 1915; Edmundo GONZÁLEZ BLANCO: *Alemania y la guerra europea*, Imprenta Helénica, Madrid, 1915.

²⁵ Maximiliano FUENTES CODERA: *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d’Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Universitat de Lleida – Pagès Editors, 2009.

demostración de la francofilia dominante en el catalanismo que apareció el 26 de marzo de 1915²⁶.

Mientras los tanques y las bayonetas arrasaban media Europa, la Liga de Educación Política parecía no dar señales de vida. Frente a este fracaso, los intelectuales de la nueva generación volvieron a impulsar su proyecto con el eterno propósito de sacudir la opinión pública y despertar la conciencia nacional. Bajo la dirección de Ortega, un importante número de hombres de letras vinculados en su mayoría –aunque no exclusivamente– al Ateneo de Madrid, el reformismo y el republicanismo lanzaron *España* el 29 de enero de 1915, un semanario “nacido del enojo y la esperanza” que acabaría por convertirse en el periódico político más importante de la Edad de Plata. Era fundamental aprovechar el impulso de la guerra para cuestionar la parálisis del gobierno. No se trataba de romper con la neutralidad ni de plantear una aliadofilia militante como la de la barcelonesa *Iberia*, pero tampoco podía mantenerse el adormecimiento que sufría España. “El Gobierno ha hecho perder a España siete meses: esta pérdida será acaso fatal. En lugar de incitar la energía nacional, la ha adormecido y desparramado”, sostuvo Ortega el 26 de febrero. Sin embargo, aún se estaba a tiempo para el “despertamiento del instinto nacional” ya que, como escribió en un artículo publicado en *Summa* a finales de 1915, “la existencia de un pueblo depende, antes que de otra cosa, de las emociones difusas que pueblan el aire de la calle, luego del aprovechamiento competente de esas fuerzas cordiales”. La guerra brindaba una ocasión excepcional para desarrollar estas emociones. Era cuestión de aprovecharla.

Fue allí donde el aún joven Ortega dejó entrever las razones que le llevaban a sostener una posición de aliadofilia matizada, una “política defensiva” que había de convertirse en sinónimo de vitalidad para nacionalizar la sociedad y entrar en el “tiempo nuevo”²⁷. Sus planteamientos estaban lejos de las filias y fobias que comenzaban a inundar las páginas españolas y europeas ya que no podía dejar de reconocer que la mayor parte de su formación filosófica se hallaba en Alemania, al igual que su moral reformadora. En una línea similar a la que había presentado Eugenio d’Ors, sostuvo que Europa estaba formada por una única cultura compuesta de diferentes matices, representados por Francia, Inglaterra y Alemania. Estas ideas, enemigas de la distinción tajante entre “germanófilos” y “francófilos”, le llevaron a ser objeto de acusaciones de ser el “jefe del movimiento germanófilo de España” –así lo presentó la *Kölnische*

²⁶ Manifest dels Catalans”, *L’Esquella de la Torratxa*, 26 de marzo de 1915, p. 194; la versión en castellano: “Manifiesto de los catalanes”, *El Día Gráfico*, 26 de marzo de 1915, p. 4.

²⁷ José ORTEGA Y GASSET: “Política de la neutralidad. Alma de purgatorio”, *España*, 5 de marzo de 1915, pp. 3-4; José ORTEGA Y GASSET: “Política de la neutralidad. España irresoluta”, *España*, 19 de marzo de 1915, p. 3.

Volkzeitung alemana– o de ser un germanófilo “sin condiciones”, como publicó *La Petite Gironde* de abril de 1915²⁸.

Fue en *España* donde vio la luz el 9 de julio el texto más importante de la aliadofilia española, el “Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas”, redactado por Ramón Pérez de Ayala con el propósito de que España dejara de parecer “una nación sin eco en las entrañas del mundo” al proclamar su solidaridad con la causa de los aliados. El punto de partida era muy similar al que habían planteado, desde perspectivas diferentes, Unamuno y Gabriel Alomar en los primeros meses del conflicto: la neutralidad del gobierno no podía entenderse como la neutralidad de la nación. Entre los firmantes destacaban el propio Ortega, Unamuno, Araquistáin, Azaña, Pérez de Ayala, Palacio Valdés, Luis de Zulueta, Gregorio Marañón, Américo Castro, Gumersindo de Azcárate, Adolfo Posada, Fernando de los Ríos, Azorín, Antonio Machado, Ramiro de Maeztu, Benito Pérez Galdós, Ramón del Valle-Inclán, Luis Simarro, Manuel García Morente, Ramón Menéndez Pidal, Manuel Bartolomé Cossío, Gustavo Pittaluga, Manuel de Falla, Ignacio Zuloaga y los catalanes Gabriel Alomar, Ramón Turró, Santiago Rusiñol, Josep Clarà y Màrius Aguilar, entre muchos otros²⁹. En cierta manera, la larga nómina de adherentes mostraba una línea de continuidad histórica entre el institucionismo y el regeneracionismo de la generación del 98 y la de los jóvenes del 14, que se proponían acometer de una vez por todas las reformas que España llevaba décadas necesitando. No casualmente una de las obsesiones de algunos colaboradores de la revista, como Araquistáin, Lorenzo Luzuriaga o Fernando de los Ríos, eran los acuciantes problemas del sistema educativo español. Era necesario romper con la idea de que la neutralidad del Estado era sinónimo de neutralidad en la nación. Por ello, Unamuno intentó potenciar la guerra civil que parecía abrirse entre aliadófilos y germanófilos desde las páginas de *El Liberal*. Lo propio hizo Luis Araquistáin, quien afirmó en *España* el 25 de junio de 1915 que mientras Europa se esforzaba en “eliminar de su seno el tumor del despotismo prusiano, España, convertida en miniatura de la operación quirúrgica europea”, debía desterrar “también del suyo el quiste de estas hordas de alma teutónica”.

Como sus pares aliadófilos, los hombres de letras germanófilos hicieron evidente su presencia como colectivo con un manifiesto titulado “Amistad hispano-germana” que se publicó en el maurista *La Tribuna* el 18 de diciembre de 1915. Este texto, escrito por Jacinto Benavente, rechazaba de manera tajante que la guerra fuese un enfrentamiento de la libertad y la democracia contra la barbarie y el oscurantismo que supuestamente encarnaba Alemania. Desde su punto de vista, el imperio de Guillermo II representaba una lección de socialismo de Estado, orden, organización y fortaleza, que debía ser un modelo para España. Por ello, estos

²⁸ Las referencias las proporciona el propio Ortega en “Una manera de pensar. II”, *España*, 7 de octubre de 1915, pp. 3-4.

²⁹ “Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas”, *España*, 9 de julio de 1915, pp. 6-7.

intelectuales se autoconcebían como “la representación de toda la España que piensa, trabaja y estudia” frente a “un grupo de bullidores, muchos de ellos profesionales del bombo mutuo en Madrid” que no entendía que Inglaterra era la causa principal de todos los males de la nación. Se intentaba romper con el monopolio aliadófilo en la cultura española.

Junto con la publicación del manifiesto, *La Tribuna* inició una larga y heterogénea lista de adhesiones que ocupó varias páginas durante los días siguientes, donde aparecieron escritores como Carlos Arniches, Edmundo González Blanco o José María Salaverría; periodistas como El Caballero Audaz (seudónimo de José María Carretero), Joan Costa i Deu (redactor jefe de *La Veu de Catalunya*) o José Juan Cadenas (corresponsal desde Berlín para *ABC*); académicos como José Alemany, Vicente Gay, Pere Bosch i Gimpera, Pere Barnils, Esteve Terrades, Manuel de Montoliu o Adolfo Bonilla San Martín; abogados como Luis Jiménez de Azúa y Emilio Cotarelo; artistas como Luis Menéndez Pidal, Fernando Labrada o José Moreno Carbonero; estudiantes Dámaso Alonso, José Calvo Sotelo, Edgar Neville y Enrique Herrero; y personajes de la órbita del tradicionalismo como Antonio Goicoechea, que acabaría siendo el líder de Renovación Española, o el propio Juan Vázquez de Mella³⁰. Casi un año después, se publicó un libro con el manifiesto original y todas las firmas recogidas hasta de todos los “amantes y cultivadores de las ciencias y las artes” que, afirmándose en la neutralidad del Estado, manifestaban “la más rendida admiración y simpatía por la grandeza del pueblo germánico, cuyos intereses son perfectamente armónicos con los de España”³¹. Con algunas pocas excepciones, entre ellas la de Pío Baroja, todo el arco intelectual germanófilo aparecía en este libro. El impacto de este texto fue importante y los informes de propaganda alemanes llegaron a afirmar en abril de 1916 que había sido firmado por 16.000 personas³².

Si el de Benavente era un caso ciertamente atípico dentro del mundo germanófilo, el de Pío Baroja constituía claramente una excepción, entre otras cosas, porque era el único defensor de Alemania capaz de escribir duras diatribas anticatólicas o de colaborar en *España*. No casualmente, con fina ironía, Julio Camba escribió en *El Sol* el 13 de noviembre de 1918 que Baroja había sido el único español que había pasado cuatro años en el bando equivocado: “El último sacristán de pueblo, el último teniente de guarnición en provincias, el último socio del último Casino republicano, vio claro lo que se discutía en la guerra europea, y Baroja, escritor ilustre, estuvo cuatro años sin enterarse”³³.

³⁰ Véase Paloma ORTIZ DE URBINA: “La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España a partir de 1914”, *Revista de Filología Alemana*, número 15, 2007, pp. 193-206.

³¹ *Amistad Hispano-Germana*, Barcelona, Tipografía La Académica de Serra y Hermanos Russell, 1916, s/n.

³² Anne ROSENBUSH: “*Por la patria y por la verdad. Germany’s effort to maintain Spanish neutrality during First World War*”, en Maria Fernando ROLLO, Ana Paula PIRES y Noémia Malva NOVAIS: *War and propaganda in the XXth Century*, Lisboa, IHC – CEIS20, 2013, pp. 17- 24 (la cifra en p. 22).

³³ Julio CAMBA: “El único español que se ha equivocado”, *El Sol*, 13 de noviembre de 1918, p. 1.

El campo intelectual germanófilo presentó dos sectores relativamente diferenciados. Por un lado, el de aquellos que, como el carlista Juan Vázquez de Mella y el católico Edmundo González Blanco, rechazaban la política internacional inglesa y los valores republicanos y jacobinos franceses, y por el otro, el de quienes, mostrando unos elementos provenientes del regeneracionismo, pensaban que Alemania, su sociedad, su sistema educativo y su vitalidad nacional debían servir como modelos para proyectar España en una perspectiva modernizadora. Esta simpatía se afirmaba en la defensa de la neutralidad frente al intento de los “farsantes de la cultura, esas hembras del 98” –la cita es de un texto Eloy Luis André en *La Esfera* del 13 de marzo de 1915– que pretendían que España fuera arrastrada por la guerra. Neutralidad y “españolismo” debían ser compatibles, a diferencia de lo que pretendían imponer los aliadófilos.

Esta heterogeneidad en el ambiente germanófilo se observaba también entre los aliadófilos. No solamente se trataba de los matices que se detectaban en las perspectivas de Unamuno, Ortega, Azaña o Araquistáin. También aparecían perspectivas sensiblemente diferentes a las de estos intelectuales reformistas como la de Álvaro Alcalá Galiano, maurrasiano y futuro miembro de Renovación Española, quien mostró en libros como *La verdad sobre la Guerra. Origen y aspectos del conflicto europeo* (1915) y *España ante el conflicto europeo* (1916) que su apuesta era por la Francia que representan las tendencias religiosas y nacionalistas de Maurice Barrés, Paul Bourget, Paul Claudel y Charles Maurras que habían luchado contra Anatole France, Jean Jacques Rousseau y Voltaire.

En última instancia, esta disputa entre aliadófilos y germanófilos, que vinculaba estrechamente los intelectuales, la política, la visión de Europa unas nuevas perspectivas sobre el futuro de España, era una expresión de la lucha por el futuro de la nación. Se trataba de una disputa entre proyectos que compartían elementos comunes en algunos casos pero que fundamentalmente expresaban perspectivas irreconciliables sobre la defensa o el cuestionamiento del sistema regeneracionista.

El desarrollo del conflicto y la presencia extranjera

Tras la caída conservador Eduardo Dato en diciembre de 1915, el conde de Romanones formó un nuevo gobierno. Con él se inició un período crucial para comprender la crisis hegemónica del sistema gobernante, que demostró que la cuestión de la neutralidad estaba directamente relacionada con los múltiples conflictos que se desarrollaron internamente. Los rápidos cambios económicos, sociales e ideológicos producidos por la Gran Guerra hicieron evidente que no se podía ocultar por más tiempo la falta de apoyo social y de atractivo popular que padecía el régimen en una época de movilización de masas en el conjunto del continente. A lo largo de 1916 diferentes grupos sociales –el movimiento obrero, la burguesía industrial catalana y el Ejército– recurrieron a soluciones corporativas mediante las cuales consideraron

que podían estar mejor protegidos sus intereses particulares. Cuando abandonó el poder en abril de 1917, Romanones dejó un Partido Liberal resquebrajado y un movimiento obrero, una burguesía y un ejército que esperaban ansiosamente el momento de asestar el golpe definitivo al turno dinástico. Con su autoproclamada simpatía por la Entente, la polarización ideológica del país llegó a su punto más álgido.

Los frentes de conflicto se multiplicaron y los debates sobre la neutralidad se conjugaron con la situación interna. A pesar de las tensiones diplomáticas que se desarrollaron durante su mandato, Romanones nunca estuvo dispuesto a abrir un debate público sobre la cuestión de la neutralidad. Por el contrario, intentó en todo momento apaciguar las fuerzas sociales, políticas y culturales que lo promovieron una y otra vez desde todos los ámbitos y escenarios posibles. Esta pasividad parlamentaria contrastó con una febril actividad diplomática de acercamiento a los aliados dirigida por el propio conde a través de los embajadores en Francia y Gran Bretaña. Pero sus esfuerzos diplomáticos tuvieron poca respuesta en las cancillerías occidentales. Sus iniciativas favorables a Francia e Inglaterra confirmaron los peores temores de las potencias centrales y Alemania inició una política mucho más ofensiva con el objetivo de proteger sus inversiones económicas y sus barcos comerciales que utilizaban los puertos españoles. En este contexto, sus redes de espionaje actuaron en consonancia con una política naval cada vez más incisiva: en setiembre de 1916, en sólo una semana, se echaron a pique tres naves³⁴.

Eran ya muchos los que han hablaban de un duro enfrentamiento que atravesaba el país. El 23 de julio de 1916 el aliadófilo Alberto Insúa escribía en *ABC*: “desde agosto de 1914 formo parte de uno de los grupos en que se ha dividido la humanidad, y obedezco como un soldado a la disciplina moral de este grupo. Mi psicología es la de un combatiente”. La dinámica amigo-enemigo se había desplegado en todo su esplendor y los estereotipos del alemán y el francés se extendieron prácticamente a todas las publicaciones, tertulias y conferencias. Así lo reflejaban las portadas de revistas como *España* –las ilustraciones de Luis Bagaría son una fuente de primer orden para comprender el desarrollo cultural de la guerra– o *Iberia*³⁵. Para los aliadófilos, el alemán era una presencia inquietante, una especie de bárbaro degenerado que, como espía, podía estar en todas partes. Frente al peligro germano, los franceses de Valle-Inclán siempre eran nobles y distinguidos y los ingleses de Ramiro de Maeztu, *gentlemen* educados y refinados. Unamuno, siempre activísimo, escribió en *Iberia* el 27 de mayo de 1916: “el tudesco se reduce al infecto y abyecto papel de espía o cambia hipócritamente de nacionalidad para conspirar contra la adoptada”. La paranoia llegó a ser tal que Araquistáin desde *El Liberal* alertó

³⁴ Francisco ROMERO SALVADÓ: *The Foundations of Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Liberal Spain, 1916-1923*, Nueva York, Routledge – Cañada Blanch Centre, 2008, pp. 61-62.

³⁵ Emilio Marcos VILALLÓN: *Luis Bagaría, entre el arte y la política*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.

el 8 de mayo de 1917 que las naranjas que España exportaba estaban “envenenadas por los alemanes”³⁶.

La percepción de una guerra civil latente fue apuntada en repetidas ocasiones en los informes secretos de la diplomacia francesa en Madrid y Barcelona. En un largo texto resultante de una misión con el objetivo de aproximar los sectores católicos españoles a Francia encomendada a Jean Gaillard se destacaba que las discusiones devenían con facilidad “agrias y prolongadas animosidades”. La guerra había dividido familias y amigos. En la mayoría de los colegios que había visitado Gaillard en Barcelona, Zaragoza, Granada, Córdoba, Sevilla, Bilbao, San Sebastián y Madrid había observado que los maestros tenían prohibido a sus alumnos, bajo la amenaza de severas sanciones, los juegos relacionados con la guerra en el patio. Además de apuntar estos elementos sobre la efervescencia que despertaba la guerra, el informador resultó impactado por la presencia de la propaganda germanófila y recomendó con insistencia que se multiplicaran los esfuerzos franceses para conquistar nuevos sectores de la sociedad española³⁷.

Bajo el paraguas de la Zentralstelle für Auslandsdiens (la oficina central alemana para la propaganda en el extranjero) y desde su embajada madrileña dirigida por el príncipe Max de Ratibor, Alemania ideó una red de propaganda que se encargó tanto de distribuir octavillas y folletos como de desarrollar una importante actividad en el terreno del cine con el objetivo de exaltar las virtudes militares alemanas³⁸. Se sirvió para ello de la numerosa colonia alemana en España –entre 50.000 y 80.000 personas– y de sus vínculos comerciales, que hicieron de cada comerciante un distribuidor de propaganda³⁹. En junio de 1915, la embajada alemana, con la intervención del joven marqués de Polavieja –que venía de fundar en Madrid una liga de núcleos germanófilos que contaba con varios comités alrededor de España– y con el apoyo de *ABC*, impulsó la formación de un bloque de la prensa con el objetivo de defender la neutralidad española. Se adhirieron a esta iniciativa en poco tiempo más de 160 publicaciones de Madrid y de provincias de los alrededores. Una de las ideas centrales fue que se debía romper con la percepción extendida entre algunos intelectuales de que la germanofilia cultural podía ser compatible con la aliadofilia política. Este diagnóstico determinó que la actividad de la

³⁶ Javier VARELA: “Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra”, *op.cit.*

³⁷ Archivo del Ministère des Affaires Étrangères. Correspondance politique et commerciale. Guerre 1914-1918. Espagne. Vol. 471. Bureau de la Presse Étrangère, “Note sur la presse espagnole”, 31 de agosto de 1915; Archivo del Ministère des Affaires Étrangères. Correspondance politique et commerciale. Guerre 1914-1918. Espagne. Vol. 474. Jean GAILLARD: “Rapport sur ma mission en Espagne. 3 juin – 13 juillet 1916”; Luis ÁLVAREZ GUTIERREZ: “Intentos alemanes para contrarrestar la influencia francesa en la opinión pública española antes de la Primera Guerra Mundial”, en *Espanoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1987, pp. 1-21.

³⁸ Jens ALBENS: “La propaganda cinematográfica de los alemanes en España durante la Primera Guerra Mundial”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, número 3, 1995, pp. 77-102.

³⁹ Archivo del Ministère des Affaires Étrangères. Correspondance politique et commerciale. Guerre 1914-1918. Espagne. Vol. 486. Informe sobre la propaganda alemana, 26 de febrero de 1917; Albert MOUSSET: “La propagande allemande en Espagne”, *La Revue de Paris*, 1 de octubre de 1915, pp. 657-672; Louis ARNOULD: *Le duel franco-allemand en Espagne*, París, Bloud & Gay, 1915, pp. 36-51.

diplomacia y la propaganda alemanas fuese frenética y estuviese más desarrollada que la de sus enemigos durante los primeros años del conflicto.

Tras estas iniciativas, la estrategia alemana en España se potenció a partir de 1916 y focalizó su actividad en tres grandes objetivos: conseguir el control de la opinión pública, perjudicar los intereses de los aliados y derrocar a cualquier gobierno que fuera hostil a sus intereses, comenzando por el de Romanones. Todos estos objetivos tenían como común denominador una férrea lucha por el mantenimiento de la neutralidad estatal. El control de la opinión pública, en particular el de la prensa, fue un elemento central. Durante el desarrollo de la guerra, no solo no desapareció prácticamente ninguna cabecera, sino que se fundaron muchas nuevas. A pesar de que tanto las potencias centrales como las occidentales intentaron sacar el máximo partido posible del exorbitante aumento del precio del papel acudiendo al rescate financiero o comprando directamente distintos periódicos, Alemania se adelantó en esto a Francia e Inglaterra. Hacia 1916, prácticamente todos los periódicos de la derecha política y el mundo conservador mostraban simpatías por la causa alemana u optaban por la defensa acérrima de la neutralidad. Así lo demostraban los integristas *El Siglo Futuro* y *La Acción*, órgano de Maura, los carlistas *El Correo Español* y sus sucursales locales, los conservadores *La Tribuna*, sostenido por Alba, *El Noticiero Universal* y *ABC*, el conservador-liberal *El Mundo*, los católicos *El Debate* y *El Siglo Futuro*, el militar *La Correspondencia Militar*, así como los barceloneses *Diario de Barcelona* y *El Día Gráfico*. No solamente se subvencionaban o se compraban periódicos, también se hacía lo propio con periodistas y los libros y folletos que éstos pretendían publicar. Inclusive, tal como ilustra el caso de Ricardo León y su *Europa trágica* (1917), llegaron a pagarse viajes de algunos académicos a los frentes de batalla para que a su regreso argumentaran sobre la potencia militar y cultural teutona. La influencia alemana en el mundo de la cultura fue tal que *Iberia* llegó a quejarse de que los consulados alemanes eran “lonjas de contratación de periodistas españoles”⁴⁰.

“Los dedos de una mano pueden servir para contar los periódicos diarios que no han sido comprados en Madrid”, escribió Luis Araquistáin en enero de 1916⁴¹. Francia e Inglaterra también se habían hecho con el control o las simpatías de muchos periódicos. A los ejemplos de *Iberia*, *La Razón* de Madrid, la *Revista franco-española* de Sevilla, *Los Aliados* de Málaga o la iniciativa iberista británica *Hispania*, dirigida por Santiago Pérez Triana, deben sumarse los liberales *El Imparcial* y *Heraldo de Madrid*, los republicanos *El País* y *El Parlamentario*, los radicales *El Radical* y *El Progreso*, y *El Socialista*, además de los republicanos de Barcelona *La Publicidad* y *El Poble Català*. También eran aliadófilos *La Época*, el periódico oficial del Partido Conservador, *El Diario Universal*, así como *El Liberal de Madrid*, *El Heraldo de Madrid*, *La Correspondencia de España* (hasta su compra por la propaganda germanófila) y la

⁴⁰ “La propaganda alemana”, *Iberia*, 25 de diciembre de 1915, p. 7

⁴¹ Citado en Paul AUBERT: “La propagande étrangère...”, p. 103.

mayoría de los periódicos de la facción demócrata del Partido Liberal, como *La Mañana*, del marqués de Alhucemas, y *El Día*, editado por Niceto Alcalá Zamora. Sin embargo, a pesar de todas estas cabeceras, la cantidad invertida por Gran Bretaña para ejercer el control de los periódicos fue irrisoria y, por el contrario, la actividad alemana sobre la prensa demostró tener una fuerza impresionante⁴².

Tras varios meses de discusiones, finalmente el 23 de diciembre de 1915 el ministro de Guerra francés tomó la decisión de crear un servicio de contraespionaje en España dirigido por la autoridad militar del coronel Joseph Denvignes, destinado militarmente en Madrid. El servicio francés de propaganda, supervisado por el primer secretario de la embajada, Louis de Vienne, y dirigido por Albert Mousset, se constituyó unos meses más tarde. A partir de entonces, la propaganda francesa cobró un decidido impulso y los esfuerzos se intensificaron para que España asumiera una posición de aproximación a los aliados, aunque sin romper con la neutralidad⁴³. Este esfuerzo no fue ajeno a los hispanistas franceses que, como la gran mayoría de los académicos de su país, actuaron como propagandistas de la causa aliada. Al igual que Ernest Merimée, Pierre Paris, Louis Bertrand y Raymond Lantier, Alfred Morel-Fatio, la gran figura entre estos hispanistas y uno de los más académicos activos durante toda la guerra en España, destacó por su evolución desde un primer momento en que había confiado en el triunfo de la razón francesa en España hasta una postura más dura al ver que muchos españoles persistían en su germanofilia⁴⁴.

Como parte de este giro en la propaganda francesa, Pierre Imbart de la Tour impulsó en la primavera de 1916 la visita de un grupo de académicos a España con el objetivo de convencer a los españoles de la superioridad moral, intelectual y científica de Francia frente a sus enemigos en la contienda. Este viaje no era una excepción en el conjunto de la política francesa dirigida a los países aliados. Por el contrario, se trataba de una política más general que llevó, por ejemplo, a Henri Bergson a Estados Unidos en 1917⁴⁵. La gira comenzó en San Sebastián y llegó a Madrid el 30 de abril, donde tras la conferencia de Perrier los estudiantes invitaron a Bergson a una recepción en la Residencia de Estudiantes, a la cual acudieron, además del secretario general del Ministerio de Instrucción Pública, Antonio Maura, Eduardo Dato, García Prieto,

⁴² Archivo del Ministère des Affaires Étrangères. Correspondance politique et commerciale. Guerre 1914-1918. Espagne. Vol. 472. Informe del 20 de febrero de 1916; María Cruz SEOANE y María Dolores SÁIZ: *Historia del periodismo en España*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 211-231.

⁴³ Maurice VAÏSE: “La Catalogne, la France et la guerre de 1914-1918, à partir des archives de la Commission de contrôle postal de Narbonne”, *Revue d’Histoire Diplomatique*, número 1, 1981, pp. 43-66.

⁴⁴ Para los detalles de la actividad de Morel-Fatio, véase el detallado estudio de Ignacio PEIRÓ: “Viajar a España. Contar sus guerras. Imágenes carlistas del hispanista francés Alfred Morel-Fatio”, en *Imágenes. El carlismo en las artes. III Jornadas de Estudio del Carlismo. 23-25 septiembre 2009. Estella. Actas*, Navarra, Gobierno de Navarra, 2010, pp. 57-88.

⁴⁵ Philippe SOULEZ: “Les missions de Bergson ou les paradoxes du philosophe véridique et trompeur”, en Philippe SOULEZ (dir.), *Les Philosophes et la Guerre de 14*, Saint-Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 1988, pp. 65-81

Gumersindo de Azcárate y Melquíades Álvarez, entre otros. En todos los casos, los ponentes se encargaron de conducir sus discursos para fundamentar una supuesta contraposición entre las culturas francesa y alemana. Procuraron mostrar que la guerra no era solamente un enfrentamiento entre naciones y ejércitos sino también una disputa entre dos mentalidades y dos culturas: una, la alemana, materialista, militarista y autoritaria, que pretendía subyugar la libertad de las naciones y los pueblos; otra, la francesa, espiritualista, igualitaria, respetuosa de los pueblos y amante de su libertad.

En el Ateneo, mientras tanto, se estaba produciendo la consolidación de un Manuel Azaña que había comenzado a ejercer una especie de presidencia de hecho, favorecida por las frecuentes y largas ausencias de Rafael María de Labra y el prestigio que le daban sus intervenciones públicas, que le habían convertido en el líder del sector izquierdista del Ateneo. En este contexto, Azaña intentó convertir la visita de los académicos franceses en un acto de militancia por los valores de libertad y democracia emanados de la revolución de 1789⁴⁶. *España* compartió esta perspectiva de acercamiento a Francia e interpretó esta visita como un nuevo episodio en su lucha contra las derechas españolas y ofreció una extensísima cobertura de la estancia. Araquistáin, como Azaña, exigía que el gobierno abandonara esta política de prescindencia y neutralidad que, mientras Alemania radicalizaba la guerra submarina, contribuía al hundimiento de la nación⁴⁷.

Como respuesta a esta visita, un grupo de intelectuales partió hacia Francia el 21 de octubre. La presidencia del contingente la ostentó el duque de Alba e integraron la comitiva Rafael Altamira, Ramón Menéndez Pidal y Jacinto Octavio Picón, en representación de las letras; Manuel Azaña, por el Ateneo; José Gómez Ocaña y Odón de Buen, en nombre de la ciencia; y Miguel Blay y Gonzalo Bilbao, representando a las artes. Como secretario viajaba el por entonces joven profesor de universidad Américo Castro. Azaña se encargó de comentar toda la gira en las páginas de *El Imparcial*, donde volvió a hacer gala de su admiración por Francia y mostró que cómo su aliadofilia se convertía en francofilia. A su regreso, en un artículo publicado en el número de enero-febrero de 1917 del *Bulletin Hispanique* mostró la estrecha relación establecida entre la nueva generación y los sectores más activos de la propaganda francófila en España. El futuro presidente la Segunda República afirmaba los valores de la tradición histórica francesa como si se tratase de un propagandista, “Los francófilos son los herederos y representantes de todos los que, a partir del siglo XVIII, trabajaron para colocar la vida española en los cauces de la libertad y progreso por donde ha corrido la historia de los

⁴⁶ Manuel AZAÑA, “Alocución pronunciada en el banquete ofrecido en el Hotel Palace a los académicos franceses”, *Obras Completas. Volumen I*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales – Taurus, 2008, pp. 255-257.

⁴⁷ Corpus BARGA: “Los intelectuales de Francia hablan de España. Visita de Bergson, el filósofo”, *España*, 16 de marzo de 1916, pp. 10-12; “Aproximación francoespañola”, *España*, núm. 66, 27-4-1916, pp. 15-16; “Punto de vista”, *España*, 4 de mayo de 1916, p. 3; Manuel G. MORENTE, “La filosofía de Bergson”, *España*, 4 de mayo de 1916, pp. 8-9; “Punto de vista”, *España*, 11 de mayo de 1916, pp. 3-5.

pueblos europeos en todo este tiempo”⁴⁸. Pocos días después, el 26 enero de 1917, Azaña pronunció en el Ateneo una conferencia titulada “Reims y Verdun”⁴⁹ y *España*, en el resumen que publicó de ella, le presentó como “uno de los hombres jóvenes de más talento que se asoman al horizonte de nuestra política”⁵⁰. Azaña se había convertido entonces en un militante francófilo sin fisuras. Ya era totalmente impensable que pudiera invitar al Ateneo algún conferenciante que mostrara simpatías alemanas, como había sucedido en el curso 1915-1916 con Vicente Gay, quien había hablado sobre “Los valores políticos alemanes”.

Todo esto coincidió con una clara reorientación experimentada por *España*, la plataforma insignia de la aliadofilia española, bajo la dirección de Luis Araquistáin, quien, al informar de las dificultades económicas de la revista –los recursos aportados por Luis García Bilbao para su fundación se habían agotado–, solicitó a Secret War Propaganda Bureau, dependiente del Foreign Office británico, que hiciera efectivo el pago de 1.000 pesetas por número. Esta propuesta chocó con un Ortega que se mostró contrario a embarcarse en un proyecto marcado por una aliadofilia radical que le haría perder el control intelectual sobre la revista y que, además, dado su carácter propagandístico, haría imposible que el semanario pudiera dar beneficios económicos. Los ingleses aprobaron la subvención y Ortega se alejó del proyecto. Su última colaboración apareció el 13 de enero de 1916 y a partir de entonces se dedicó a un proyecto personal, *El Espectador*. La radicalización de *España* bajo la dirección de Luis Araquistáin fue notable y la presencia francesa y aliadófila se manifestó sin ambigüedades en sus páginas, no sólo a través de las duras críticas a diferentes iniciativas pacifistas o germanófilas, sino, sobre todo, a través de la propaganda de las actividades y manifestaciones profrancesas y probritánicas⁵¹.

A lo largo de 1916 *España* se fue convirtiendo en un punto de encuentro entre la aliadofilia más militante y los sectores socialistas y republicanos de la política y la intelectualidad española y centró sus objetivos en la lucha contra la presión ejercida por las fuerzas germanófilas españolas, a las que culpó del creciente intervencionismo que comenzaba a detectarse entre los partidarios de los aliados,

“Las izquierdas han visto esta maniobra y ya se aprestan a desbaratarla. De un lado, no pueden consentir que, a favor de la guerra y con pretextos antiintervencionistas, los ultramontanos españoles vean acrecentado su poder político. De otro, se da clara cuenta de los peligros actuales y futuros que para España significan el silencio y la pasividad del

⁴⁸ Manuel AZAÑA: “Nuestra misión en Francia”, *Bulletin Hispanique*, enero-febrero de 1917, p. 41. Sobre la experiencia de Azaña: Santos JULIÁ: *Vida y tiempo de Manuel Azaña, 1880-1940*, Madrid, Santillana, 2010, pp. 139-144;

⁴⁹ “En el Ateneo. Una conferencia del sr. Azaña”, *El Imparcial*, 27 de enero de 1917, p. 1.

⁵⁰ Manuel AZAÑA: “El esfuerzo francés”, *España*, 8 de marzo de 1917, pp. 7-8.

⁵¹ Enrique MONTERO: “Luis Araquistáin y la propaganda aliada durante la Primera Guerra Mundial”, *Estudios de Historia Social*, números 24-25, 1983, pp. 245-266.

Gobierno. Por liberalismo y por verdadero patriotismo están, pues, obligadas a organizarse contra la germanofilia”⁵².

Unamuno y Araquistáin coincidían en que la lucha era mucho más que una polémica sobre el valor de la ciencia alemana o la cultura francesa. Desde esta perspectiva, el antiguo rector de Salamanca no cesó de alentar la guerra civil latente en de todas las publicaciones en las que escribió, *Iberia* incluida⁵³. Su lucha contra la *Kultur* continuaba estructurándose en un doble plano: individual, contra la voluntad de ahogar la espontaneidad de la personalidad bajo el peso del mecanicismo, y colectivo, apelando a la tradición como sustancia del progreso en un sentido opuesto al de los tradicionalistas germanófilos. Afirmando el valor operativo de la tradición, llamó continuamente a poner fin a la “noluntad nacional” que había identificado en las páginas de *España*. La guerra era una lucha para salvar la civilización de los alemanes, que querían destruirla. Así pues, era lógico que hiciera otra vez un llamado a la acción. Pero esta acción tenía una característica mucho más radical que antes, “la guerra fecunda es la guerra civil. Que por otro nombre se llama revolución (...) Y sucede que la guerra civil, es decir, la guerra civilizada, está en contraposición con la guerra militar, anticivilizatoria”⁵⁴. En este marco, en el cual se jugaban cosas tan importantes, ya no había espacio para las medias tintas. Se trataba de un conflicto entre intervencionistas e inmovilistas que expresaba la lucha por la apropiación de la nación, “La lucha es, no precisamente entre dos Españas, como se ha dicho, sino entre esa España de la susodicha democracia conventual y los españoles que se sienten como tales; es decir, personas, yos concientes de una españolidad futura. ¡Y si no está claro, que venga Dios y lo vea!”⁵⁵.

Las fuerzas del catalanismo formaban parte de esta España de los españoles “que se sentían como tales”. No es extraño por ello que *España* reprodujera unas declaraciones de Francesc Cambó sobre el nuevo proyecto catalán que proponía alcanzar potencialmente una unión confederal en la que pudiese entrar Portugal, ya que “De este modo podrá soñarse con transformar esta vida mezquina, igual, homogénea, que satisface a los políticos del centro de España, en otra más fecunda, más diferenciada, más compleja que haga concebir un imperialismo español”⁵⁶. En la nueva situación de desafío al gobierno de Romanones, la potencialidad de una España federal aparecía en toda su dimensión en *España*⁵⁷. Por ello, Araquistáin no dudó en publicar un número monográfico que demostró la importancia del

⁵² Luis ARAQUISTÁIN: “El mito intervencionista. Los germanófilos contra Alemania y España”, *España*, 7 de septiembre de 1916, pp. 3-4.

⁵³ “Una carta de Unamuno”, *Iberia*, 8 de enero de 1916, pp. 6-7.

⁵⁴ “Más de la guerra civil”, *El Día Gráfico*, 21 de agosto de 1916, p. 1; en Miguel de Unamuno, *Artículos olvidados*, Miguel de UNAMUNO: *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial*, Londres, Tamesis Books Limited, 1976, pp. 49-51.

⁵⁵ Miguel de UNAMUNO: “¡Ese público...!”, *España*, 17 de febrero de 1916, pp. 5-6.

⁵⁶ “Las aspiraciones de Cataluña. Palabras de Cambó”, *España*, 8 de junio de 1916, pp. 3-4.

⁵⁷ “Puntos de vista”, *España*, 15 de junio de 1916, pp. 2-3.

nacionalismo catalán como potencial regenerador para España⁵⁸. Los caminos del catalanismo parecían encontrarse con los de los socialistas, reformistas y republicanos.

De la adhesión a los aliados a la antigermanofilia

El 9 de enero de 1917, Alemania anunció su intención de reanudar la campaña submarina sin restricciones a partir del primer día del mes siguiente. Esta iniciativa provocó la ruptura de relaciones diplomáticas de Estados Unidos con Alemania el 3 de febrero. A pesar de las presiones para que España asumiera una posición similar, entre ellas las de *España*, Romanones afirmó que era imposible romper con la neutralidad ya que la sociedad se encontraba profundamente dividida⁵⁹. Intentó que el debate sobre esta posición no deviniera público, continuó privilegiando la diplomacia secreta con los aliados y, ante la insistencia de algunos republicanos catalanes como Felipe Rodés y Marcelino Domingo, que pedían discutir sobre la cuestión internacional y Marruecos, decidió cerrar el Parlamento el día 26 de febrero. Esto enfureció a todo el espectro político. Para abril, las bajas españolas ascendían ya a 31 barcos y 80.000 toneladas de transporte.

La tensión y los desafíos a los que tuvo que hacer frente su gobierno en sus últimos meses se expresaron con total evidencia en las páginas de *España*. Allí, al llamado a la intervención en la guerra –que, vale la pena recordarlo, no era necesariamente equivalente a la entrada en el conflicto en términos militares– se unían las reivindicaciones sociales del movimiento obrero de inspiración socialista, un claro interés por la potencialidad catalana y una simpatía evidente por el creciente peso que asumían las Juntas de Defensa en la crítica al gobierno. Con todos elementos como marco general, y tras la decepción con el reformismo de Melquíades Álvarez producida poco tiempo antes, los intelectuales vinculados a *España* y al Ateneo madrileño lanzaron una nueva iniciativa colectiva en enero de 1917, la Liga Antigermanófila. Este nuevo agrupamiento pretendió expresar en toda su magnitud la estrecha relación que se había establecido entre sus tomas de posición sobre la guerra europea y la política española. Su texto fundacional contrastaba con el “Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas” de 1915 por su radicalidad y por la voluntad de deslegitimar la propaganda germanófila como una expresión de la anti-España. Fue seguramente la demostración más contundente de que, como sucedía en Europa desde el primer día de las movilizaciones, la política y los intelectuales no podían estar ya separados, si es que alguna lo hubieran estado.

El manifiesto publicado el 18 de enero en *España* no tenía como objetivo responder a algún otro texto que se hubiera publicado recientemente. Por el contrario, se proponía denunciar la

⁵⁸ *España*, 22 de junio de 1916.

⁵⁹ “La guerra submarina. Contestación de España a los Imperios Centrales”, *El Imparcial*, 8 de febrero de 1917, p. 1.

política de neutralidad de un gobierno que favorecía los intereses alemanes al no responder a los ataques a los barcos españoles. Los partidarios de Alemania pretendían enmascararse bajo un concepto de neutralidad que desfiguraban por completo. Para luchar contra ellos se constituía este agrupamiento, que se declaraba neutral –la censura no permitía otra cosa– y denunciaba que los verdaderos intervencionistas eran los germanófilos,

“La Liga Antigermanófila viene a dar la batalla a los enemigos intestinos de España, a los que se están sirviendo de la terrible tragedia europea para desviar al pueblo español de la única ruta de sus libertades, de sus intereses y de su seguridad internacional. La Liga Antigermanófila se llama así por española, por neutral y por humanitaria”.

Su propósito fundamental no era combatir a Alemania sino a “los peores enemigos de España”, que “se albergan en su propio territorio y se llaman ciudadanos españoles”, aquellos que “por inconsciencia o por interés, colaboran de continuo a la perpetuación de sus males y persiguen ferozmente todo signo de una España más libre, más culta, más respetada en el Consejo de las Naciones”⁶⁰. La embajada francesa, a pesar de no auspiciarla económicamente, pensó que se trataba de “una de las manifestaciones más interesantes y fecundas” de su acción en España. Por ello, Léon Geoffray propuso facilitar, en acuerdo con el servicio de propaganda inglés, la impresión y la distribución de 100.000 ejemplares del manifiesto ya que entendía que “sus ideas son las nuestras y ellas tienen aún más fuerza en España frente a un pujante espíritu de reacción que aún no ha sido desarmado”⁶¹. La lista de los firmantes del manifiesto presentaba más de 700 nombres, entre los cuales destacaban muchos de los animadores del sector aliadófilo desde el comienzo de la guerra: Azorín, Benito Pérez Galdós, Gabriel Alomar, Américo Castro, Gustavo Pittaluga, Leopoldo Alas, Luis Araquistáin, Manuel Azaña, Enrique Gómez Carrillo, Ignasi Iglèsies, Romà Jori, Antonio Machado y su hermano Manuel, Ramón Pérez de Ayala, Antoni Rovira i Virgili, Miguel de Unamuno, Melquíades Álvarez, Álvaro de Albornoz, Gumersindo de Azcárate, Roberto Castrovido, Pere Coromines, Marcelino Domingo y Rodrigo Soriano.

Pocos días después, se celebró el aniversario anual de *España* con una enorme concurrencia, entre la que resaltaban Azorín, Pérez de Ayala, Ortega y Gasset y Araquistáin⁶². Durante el banquete, Unamuno pronunció un discurso en el que volvió a hacerse presente el espíritu regenerador de la guerra. “Es algo así como una nueva revolución francesa, mejor dicho, es

⁶⁰ “Manifiesto de la Liga Antigermanófila”, *España*, 18 de enero de 1917, pp. 4-5.

⁶¹ Archivo del Ministère des Affaires Étrangères. Correspondance politique et commerciale. Guerre 1914-1918. Espagne. Vol. 477. Informe de Léon Geoffray al Ministerio de Guerra, 30 de enero de 1917.

⁶² “Comida anual de ‘España’”, *España*, 1 de febrero de 1917, pp. 1-2; “La Liga antigermanófila española”, *La Nación*, 30 de julio de 1917, en Miguel de UNAMUNO: *Desde el mirador de la guerra*, París, Centre de Recherches Hispaniques, 1970, pp. 347-351.

como una revolución anglo-latina-eslava, más bien europea”, afirmó. La importancia de la Liga Antigermanófila se afirmaba en la idea de que el conflicto había “aclarado una porción de tinieblas de su pueblo y una porción de gente se ha visto obligada a hacer examen de conciencia”, y había abierto la puerta al “principio de una verdadera reforma política española, reforma hecha mirando a toda España no con estrecho horizonte provinciano”. El mito palingenésico de la nación se mezclaba aquí con la batalla entre las dos Españas –“las dos Españas frente a frente, si es que las dos son Españas”– y se propugnaba, una vez más, la lucha por la nacionalización, “La Patria tiene que ser hija y no nuestra madre; el que no se sienta con fuerzas para crear Patria y para crear la tradición de mañana no es verdadero patriota”. En este contexto, la neutralidad aparecía como “forzosa y vergonzosa”⁶³.

Después del discurso de Unamuno, Manuel Azaña leyó las adhesiones al acto, entre las cuales destacaban las de Melquíades Álvarez, Azcárate, Manuel Bartolomé Cossío y Andrés Ovejero. La presencia de los dirigentes reformistas no era casual ya que la asamblea de constitución definitiva de la Liga Antigermanófila tuvo lugar el 15 de febrero en los salones del Círculo Reformista de Madrid. Como ha planteado Santos Juliá, se esbozaba así una especie de recomposición de la conjunción republicano-socialista, desaparecida prácticamente en 1912. En medio de la inestabilidad política derivada de los problemas de la guerra, la carestía de la vida, y los desafíos obreros y militares, republicanos y socialistas volvían a intentar aunar esfuerzos desde los espacios proporcionados por el Ateneo, *España* y la Liga Antigermanófila⁶⁴.

Como respuesta a este proceso de radicalización que había comenzado en 1916, los germanófilos se habían ido enrocando cada vez en la más estricta defensa de la neutralidad y los partidos dinásticos. Así, el maurismo ejemplificó también esta defensa de la neutralidad y su líder comprendió perfectamente que lo verdaderamente importante para la supervivencia del turno era alejar la guerra de España y cuestionar duramente todas las iniciativas que, como la Liga Antigermanófila, la pusiesen en debate⁶⁵.

La figura de Juan Vázquez de Mella había cobrado una importancia mayor que antes ya que, frente a un Maura que se mantenía en cierta medida equidistante, era el único político de renombre que mantenía con claridad el vínculo entre germanofilia y neutralidad, tal como había vuelto a explicar en un discurso en Santander de setiembre de 1916⁶⁶. Además, conjugaba todo

⁶³ “La comida anual de ‘España’” y “Discurso de Unamuno”, *España*, 1 de febrero de 1917, pp. 3-7. Este discurso fue ampliamente comentado en *El Diario Universal*, *El Socialista*, *Heraldo de Madrid*, *El Liberal* y *El País*, entre otros periódicos aliadófilos.

⁶⁴ Santos JULIÁ: *Vida y tiempo de Manuel Azaña*, *op. cit.*, pp. 146-147; Assumpció VIDAL PARELLADA: *Luis Simarro y su tiempo*, Madrid, CSIC, 2007, pp. 196-198.

⁶⁵ Como ejemplo, “La última pirueta de Unamuno”, *La Nación*, 3 de febrero de 1917, p. 1; “Es intolerable. Las filias, las fobias y el decoro nacional”, *La Acción*, 29 de enero de 1917, p. 1.

⁶⁶ *D. Juan Vázquez de Mella en defensa de la neutralidad de España: discurso pronunciado en Santander por el elocuente orador el día 17 de setiembre de 1916*, Manuel León Sánchez, 1916. Véanse “Un discurso de Mella”, *Germania*, 1 de octubre de 1916, pp. 343-347 y “El discurso de Mella”, *La Acción*, 18 de setiembre de 1916, p. 4.

esto con un planteamiento iberista que, desde diversas perspectivas, compartían algunos de los intelectuales de la revista barcelonesa *Germania*. Entre ellos destacaba el de Manuel de Montoliu, quien mezclaba la defensa de Cataluña, sus valores y sus potencialidades regeneradoras con un militante antijacobinismo que tenía puntos de contacto con Francesc Cambó. En cierta manera, como escribió el propio Montoliu en el germanófilo *El Día Gráfico*, germanismo podía ser igual a catalanismo, y catalanismo a españolismo⁶⁷. Se trataba de un planteamiento que tenía como eje una unión con Portugal que solamente podía ser factible si se consolidaba previamente la convivencia y la “cohesión espiritual” de Castilla y Cataluña, que había de asegurar, a su vez, “la vitalidad real de la nación española”⁶⁸. Justamente con el objetivo de cohesionar Castilla y Cataluña, *Germania* fue también el núcleo sobre el cual algunos discípulos de Prat de la Riba, Josep Maria Rosell, Pere Bosch i Gimpera, Manuel de Montoliu, Pau Furriol, Luis Almerich, Miquel Vidal Guardiola, Jordi Rubió y Pere Barnils habían constituido en Barcelona el Comité de Amigos de Germania a finales de 1916⁶⁹.

Para los intelectuales de *Germania* la relación entre neutralidad y germanofilia se convirtió en una evidencia. En este sentido, no es casual que uno de los colaboradores más activos de la revista, Faustino Ballvé, encabezara la Federación Neutralista Catalana, que continuaba la labor neutralista del marqués de Polavieja (hijo)⁷⁰. Frente a lo que consideraban un intento de hacer que España entrara en la guerra a cualquier coste, no habían dudado en sostener un enfrentamiento contra la España “europeizada” pero “desespañolizada del todo”, que pretendían imponer Francia y Gran Bretaña y a la cual los intelectuales aliadófilos parecían abrir los brazos con entusiasmo⁷¹. Estas formulaciones sobre los pensadores “extranjerizantes” no eran un monopolio de esta revista. Por el contrario, como mostraron en repetidas oportunidades José María Salaverría y Eloy Luis André, formaban parte de un patrimonio compartido por buena parte de los germanófilos que, al ejercer desde perspectivas a menudo divergentes la crítica a la aliadofilia, proponía una radical revisión de la tradición regeneracionista que había conducido a la desnacionalización.

Los acontecimientos revolucionarios de febrero en Rusia intensificaron la “guerra de palabras” en la península. El despotismo que llevaba asociado el zarismo había sido una carga molesta para las potencias occidentales, pero el nuevo régimen ruso y la entrada de Estados Unidos en la guerra en la primera semana de abril, transformaron la Gran Guerra en una lucha ideológica a nivel mundial: la democracia y la libertad contra las monarquías y el militarismo.

⁶⁷ Manuel de MONTOLIU: “Programa de conquistas”, *El Día Gráfico*, 10 de octubre de 1916, p. 3; “Hispanofilia”, *El Día Gráfico*, 26 de octubre de 1916, p. 3.

⁶⁸ Luis VIOLA Y VERGÉS: “Observaciones. Iberia”, *Germania*, 1 de agosto de 1915, p. 10.

⁶⁹ “Comité de Amigos de Germania”, *Germania*, 1 de enero de 1917, pp. 481-482; “Comitè d’Amics de Germania”, *Spanien*, números 1-2, 1920, pp. 77-78. Véase Francisco GRACIA ALONSO: *Pere Bosch Gimpera. Universidad, política, exilio*, Madrid Marcial Pons, 2011, pp. 86-90.

⁷⁰ “Campaña neutralista”, *Germania*, 1 de marzo de 1917, p. 14. Ballvé fue el responsable de la versión española de Otto HINTZE: *Alemania y la guerra*, 3 vols., Barcelona, Gustavo Gili, 1916.

⁷¹ M. GARCÍA Y PANADÉS: “Evolución hispánica”, *Germania*, 15 de agosto de 1915, pp. 12-14.

Independientemente de los cambios producidos por el proceso revolucionario ruso y por la inminente entrada en la guerra de Estados Unidos, Romanones había decidido abandonar la neutralidad cuando el 6 de abril, el mismo día que Estados Unidos declaró la guerra a Alemania, un submarino alemán hundió el vapor español “San Fulgencio”. En este contexto, la prensa germanófila comenzó a desarrollar una durísima campaña contra lo que identificaban como un “complot intervencionista” y los apoyos al presidente comenzaron a circunscribirse a la mayoría de republicanos y socialistas. Paradójicamente, los tradicionales enemigos de la política romanonista.

La estrategia de Romanones sufrió un duro revés cuando todos los líderes dinásticos, a excepción de Joaquín Sánchez de Toca, se pronunciaron en contra de abandonar la neutralidad. Los únicos apoyos los encontró en los sectores republicanos y socialistas, tal como se hizo evidente en las tomas de posición de Melquíades Álvarez, Alejandro Lerroux y Pablo Iglesias, a quienes el periódico *La Nación* –financiado con fondos austriacos– identificó como “la siniestra red”⁷². Antonio Maura pasó en poco tiempo de mostrarse contemporizador con la política de acercamiento a los aliados, a rechazar tajantemente la intervención en el conflicto. La caída de la monarquía rusa había multiplicado el pánico en la corte española y la actitud de los aliados al abandonar a Nicolás II a su destino inclinó a Alfonso XIII hacia el mantenimiento de la neutralidad. En un discurso pronunciado el 17 de abril frente a las tropas de Covadonga alojadas en el cuartel de Leganés, hizo explícito su rechazo a la intervención, “hay que estar siempre preparados, aunque el propósito de España sea el de permanecer en la neutralidad”⁷³. La conflictiva situación interna, con tantos frentes abiertos, hacía pensar que la posibilidad de que España entrara en el conflicto junto a los aliados era un verdadero despropósito si se lo que se quería era perpetuar el sistema dinástico. Significativamente, el 19 de abril, el mismo día en que era hundido el “Tom”, otro vapor español, los germanófilos manifestaron su alegría por el cese de Romanones. “La guerra europea es una guerra civil continental y los pueblos que no se purifican en la lucha contra otros pueblos, quizá necesitan purificarse en un conflicto intestino”, escribió Luis Araquistáin el 19 de abril en *España*. Con la llegada del marqués de Alhucemas al gobierno esto pareció estar a punto de ocurrir.

La crisis de 1917: un punto de inflexión

La división había alcanzado su máxima expresión. Esta guerra civil latente –o no tan latente ya– que imponía el encuentro entre intelectuales, partidos políticos y los proyectos que ambos sectores se proponían desarrollar se escenificó en dos mitines que tuvieron lugar en el mismo

⁷² “La siniestra red”, *La Nación*, 14 de abril de 1917, p. 2.

⁷³ Fernando SOLDEVILLA: *El año político. 1917*, Madrid, Imprenta y encuadernación de Julio Cosano, 1918, p. 115.

sitio, la Plaza de Toros de Madrid. La puesta en escena no pudo ser más teatral. Exactamente en el mismo recinto y con menos de un mes de diferencia, germanófilos-neutralistas y aliadófilos-intervencionistas reunieron a decenas de miles de personas para mostrar que, como tantas veces se había escrito, el país estaba dividido en dos sectores irreconciliables.

Diez días después de que llega al gobierno del marqués de Alhucemas, el 29 de abril, Antonio Maura, que nunca había sido un manifiesto germanófilo, se propuso encabezar un acto anti-aliadófilo en el cual pudieran reunirse todos los sectores conservadores para hacer frente a la ofensiva de los diferentes grupos partidarios de Francia e Inglaterra. En cierta manera, como escribió pocos días después Luis Araquistáin, ante la radicalización de la situación político, pretendía pasar de ser un “señuelo para aliadófilos” a un “señuelo para germanófilos”⁷⁴. Ante a un auditorio de unas 20.000 personas, Maura hizo evidente que lo que pretendía era mostrar los peligros de que España siguiera los derroteros de Estados Unidos y Rusia. Por ello, su discurso subrayó los factores que separaban a España de Francia e Inglaterra. Volvieron a aparecer los argumentos ampliamente difundidos entre los sectores germanófilos sobre el estrecho de Gibraltar, la cuestión de Marruecos y la pretensión de los aliadófilos de llevar sigilosamente a España hacia una guerra en defensa de las naciones más débiles⁷⁵. Con un discurso ciertamente ecléctico, Maura buscó presentarse ante la Corona como una alternativa para la salvación nacional en un momento de extrema polarización. Pero finalmente acabó por no satisfacer a nadie, especialmente a sus propios partidarios, que esperaban de su jefe otra actitud, una defensa más clara de la neutralidad y las potencias centrales. Fue una señal clara del desbordamiento ideológico del maurismo hacia unas derivaciones que su principal referente no estaba dispuesto a asumir a pesar de haberlas potenciado⁷⁶. No obstante, los sectores conservadores y reaccionarios se apresuraron a identificar a Maura como uno de los suyos y destacaron su defensa acérrima de la neutralidad. Juan Vázquez de Mella no dudó en apoyar sus ideas ya que pensaba que “si algún gobernante quisiera llevarnos a la guerra, estallarí la revolución y el pueblo le arrastraría”⁷⁷.

Luis Araquistáin consideraba que había llegado el momento de que las izquierdas se movilizaran contra las derechas germanófilas para salvar a España. Era hora de poner fin a la política de un gobierno responsable del “trágico adormecimiento de nuestro pueblo”, de la teoría de una neutralidad a todo trance que, además, había resuelto prohibir la Liga Antigermanófila al tiempo que permitía que personajes como Vázquez de Mella y Maura difundieran sus ideas libremente. La movilización del Ejército en las Juntas de Defensa le hizo pensar en la posibilidad

⁷⁴ Luis ARAQUISTÁIN: “El mitin de la heroica neutralidad”, *España*, 3 de mayo de 1917, pp. 3-5.

⁷⁵ “Acto político de importancia. El discurso de Maura”, *La Correspondencia de España*, 30 de abril de 1917, pp. 1-2.

⁷⁶ María Jesús GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *Ciudadanía y Acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, Siglo XXI, 1990, p. 71.

⁷⁷ “El discurso de Maura. Dice Vázquez Mella”, *La Correspondencia de España*, 1 de mayo de 1917, p. 2.

de una alianza entre militares y trabajadores para darle al régimen el golpe final. El contexto lo propiciaba: las Cortes continuaban cerradas, las garantías constitucionales suspendidas y una creciente cantidad de gente estaba dispuesta a manifestarse a favor de los aliados en la calle. Parecía que se incorporaban “a la guerra muchos hombres y partidos que creían excluida de ella la vieja lucha entre república y monarquía”⁷⁸.

El 24 de mayo se reunieron en el local de *España* los diputados reformistas y republicanos para trabajar en la organización de un mitin en respuesta al de las derechas. La mayoría de los miembros de la redacción del semanario dirigido por Araquistáin estuvo a cargo de la organización y la financiación corrió por cuenta de Romanones y las embajadas francesa e inglesa. La presidencia del mitin correspondió a Luis Simarro por ser el presidente de la Liga Antigermanófila⁷⁹. Esa movilización unitaria de las izquierdas se expresó el 27 de mayo y logró reunir unas 25.000 personas. En la tribuna estaban algunos de los habituales animadores de la aliadofilia, el socialismo, el republicanismo y el reformismo: Gumersindo de Azcárate, Augusto Barcia, Francisco Giner de los Ríos, Leopoldo Palacios, Luis Zulueta, Julián Besteiro, Luis Araquistáin, Manuel Azaña, Fabián Vidal, Luis Bagaría y Manuel Núñez de Arenas, entre muchos otros. Era, en cierta manera, una representación de la nueva España que Ortega había impulsado en el discurso del Teatro de la Comedia poco antes de la guerra. Sin embargo, faltaba su impulsor.

El espectáculo demostró que la causa aliada y las izquierdas estaban unidas. Fue una asamblea en la que, según las crónicas publicadas en la prensa, ondearon banderas con los nombres de los barcos españoles hundidos por los alemanes escritos en color rojo. Más allá de los matices, todos los oradores –Álvaro de Albornoz, Andrés Ovejero, Roberto Castrovido, Emilio Ménéndez Pallarés, Miguel de Unamuno, Melquíades Álvarez y Alejandro Lerroux– acordaron en que a causa de la conducta de Alemania la neutralidad ya no era una posición asumible por la sociedad. Los que defendían la neutralidad eran, en realidad, enemigos del progreso y propiciaban que el país y la nación continuaran siendo débiles, atrasados y moribundos. La ecuación era simple: únicamente uniendo sus fuerzas con las democracias España podría estar en condiciones de convertirse también en un régimen democrático. La asamblea finalizó con la lectura de tres conclusiones: la primera era que España no podía continuar aislada e indiferente frente a la contienda mundial; la segunda, que debía “orientar su política internacional en la dirección de Francia, Inglaterra y sus aliados”; y la tercera, que, en vista de los ataques a sus barcos, debía romper relaciones diplomáticas con Alemania aceptando las consecuencias que pudieran derivarse de ello⁸⁰.

⁷⁸ Luis ARAQUISTÁIN: “Un pueblo narcotizado”, *España*, 17 de mayo de 1917, pp. 3-5.

⁷⁹ Assumpció VIDAL PARELLADA: *Luis Simarro y su tiempo*, p. 198.

⁸⁰ “El mítin de ayer. Afirmación aliadòfila y revolucionaria”, *El País*, 26 de mayo de 1917, pp. 1-3. Véase también Santos JULIÁ: *Vida y tiempo de Manuel Azaña...* pp. 152-153.

El acto fue el espaldarazo para legitimar la colaboración de socialistas y republicanos. Sin embargo, las actitudes asumidas alrededor de la relación entre el régimen republicano, la monarquía y la democracia produjeron tensiones entre *España* y el Partido Socialista. Cuando la revista dirigida por Araquistáin celebró el éxito de aquel mitin, que, desde su perspectiva, no había sido republicano sino democrático, explicó que una monarquía podía ser democrática, como lo eran las de Inglaterra y Bélgica, y una república podía ser tiránica. Desde su punto de vista, el sentido del mitin había sido “no una amenaza contra el rey, sino el planteamiento de una doble e inversa condicionalidad de la forma de gobierno en relación de España con la guerra”⁸¹. Por tanto, la cuestión que quedaba planteada era en qué lado de la trinchera espiritual que dividía al mundo se situaría la monarquía española.

Pocos días después, García Prieto presentó la dimisión de todo su gobierno el 9 de junio al ser incapaz de contener la presión de las Juntas de Defensa. Dos días después volvía Eduardo Dato a la presidencia en un intento del rey de mantener el turno dinástico que se mostraría fallido a pesar de tener el apoyo de Romanones. *España* afirmó que el rey no había sabido o no había querido responder a la advertencia hecha en la Plaza de Toros y llegó a plantearse si abdicaría. “Se ha cambiado el médico pero la crisis fundamental sigue siendo aguda”, afirmó uno de sus editoriales. La cuestión no estaba relacionada con hombres nuevos o genios políticos sino con una política nueva, la democracia: “un régimen en que el poder se ejerciese de abajo arriba, del pueblo al parlamento, del parlamento al ministerio, del ministerio a la Corona”. ¿Y esto cómo debía alcanzarse? Reformando la Constitución en un sentido democrático, aunque no necesariamente antimonárquico. Todo dependía del papel que jugara el rey.

La triple crisis no tardó en estallar, pero su resultado fue el triunfo del monarca, la burguesía industrial catalana y las Juntas de Defensa. La negativa del marqués de Alhucemas –otra vez en el gobierno– a que las nuevas Cortes fueran constituyentes demostró que no habría reforma constitucional a menos que los representantes dinásticos fueran literalmente barridos de las próximas elecciones. Y nada hacía pensar que las izquierdas españolas tuviesen suficiente fuerza como para conseguirlo. En definitiva, el resultado de una crisis que parecía que había de cambiar el curso de la política española había producido unas modificaciones limitadas. La Asamblea de Parlamentarios y los partidos de izquierdas, aquellos que hacía solamente medio año habían conseguido llenar la Plaza de Toros madrileña, eran los grandes derrotados⁸².

El gabinete liderado por el marqués de Alhucemas desde noviembre de 1917 nunca llegó a funcionar como un verdadero equipo ni consiguió entusiasmar a la opinión pública a pesar del apoyo tácito de la Lliga Regionalista y la tregua del maurismo. Bajo la presión de Juan de la Cierva, el riesgo de una dictadura militar era evidente. Sin embargo, el 22 de marzo del año

⁸¹ “El acto del domingo. Entre el pueblo y la corona”, *España*, 31 de mayo de 1917, pp. 3-5.

⁸² Francisco ROMERO SALVADÓ: *The Foundations of Civil War...*, *op. cit.*, pp. 49-66; Ángeles BARRIO ALONSO: *La modernización de España (1917-1939)*, Madrid, Síntesis, 2004, pp. 13-70.

siguiente el monarca consiguió desactivarlo momentáneamente con la formación de un segundo gobierno de concentración nacional, al estilo de muchos de los países europeos en guerra, presidido esta vez por Antonio Maura. Pareció ser la última oportunidad para el régimen y por ello aceptaron participar en él cuatro ex presidentes, además de Cambó, el líder conservador Augusto González Besada, Santiago Alba, el General Marina y el Almirante José Pidal. Sin embargo, la alegría inicial mostrada por casi toda la prensa por haber podido hacer frente al intento de De la Cierva pronto se desvaneció⁸³. Fuertemente condicionado por la presión alemana y la guerra submarina, Maura nunca abordó un programa de largo alcance. Los sucesos revolucionarios en Rusia, la huelga general de agosto y la creciente radicalización del arco aliadófilo hacían suponer que Alemania era el mejor amigo del régimen. Sin embargo, ésta continuó llevando adelante una fuerte campaña submarina y contribuyó a financiar las actividades anarquistas, mientras que, paradójicamente, los aliados procuraban sostener al régimen.

En enero de 1918 se había producido un cambio de gran relevancia a nivel mundial. El presidente americano Woodrow Wilson hizo público un programa de catorce puntos frente al congreso de su país y desató un ola de entusiasmo entre los principales núcleos liberales y de izquierda mundiales y españoles. A partir de entonces, lo que se conoció como “wilsonismo” fue una interpretación entusiasta, impulsada por la opinión pública liberal y las izquierdas europeas, del pragmático programa presentado, que no incluía ningún reconocimiento general al principio de las nacionalidades o al derecho de autodeterminación y se limitaba, por razones más bien estratégicas, a garantizar un territorio para Polonia, exigir la reintegración de Alsacia-Lorena, tratar el problema de las fronteras italianas, y prometer a las nacionalidades del Imperio de Austria-Hungría que tendrían posibilidades de desarrollar sus autogobiernos⁸⁴. La seducción de los planteamientos de Wilson venía también desde la perspectiva de la paz, ya que prometía una paz futura basada en la cooperación internacional a través de una Sociedad de Naciones integrada por las democracias europeas, y ofrecía una alternativa al modelo bolchevique y sus proclamas de reconocimiento de la autodeterminación de los pueblos. En resumen, el mito wilsoniano acabó por convertir al presidente americano en una especie de gran campeón de las causas justas, tal como mostró la revista *Los Aliados*, que se publicó entre el 13 de julio y el 30 de noviembre de 1918. La seducción ejercida por Wilson llegó también a *España*, que, después de unas críticas bastante duras a sus planteamientos en los años anteriores, hacia mediados de 1918 observó en el presidente americano “una maravillosa floración de idealismo”, según las

⁸³ “España recibe jubilosa al nuevo gobierno”, *El Sol*, 23 de marzo de 1918, pp 1-2; “Entusiasmo popular. La familia real y el gobierno, ovacionados”, *ABC*, 23 de marzo de 1918, p. 7; “El gobierno salvavidas”, *El País*, 23 de marzo de 1918, p. 1; El Sr. Maura preside un Gabinete de altura”, *La Acción*, 23 de marzo de 1918, p. 1; Luis ARAQUISTÁIN: “Los dos caras de Maura”, *España*, 28 de marzo de 1918, p. 6.

⁸⁴ Erez MANELA: *The Wilsonian Moment. Self-determination and his Legacy*, Nueva York, St. Martin’s Press, 1994; Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Entre Ginebra y Berlín: la cuestión de las minorías nacionales y la política internacional en Europa, 1919-1936*, Madrid, Akal, 2001, pp. 57-66.

palabras empleadas por Manuel Núñez de Arenas. Desde esta perspectiva, Wilson y sus planteamientos formaban parte de lo nuevo, del republicanismo, de “la guerra contra la Europa monárquica”⁸⁵. También el wilsonismo tuvo una influencia destacada en Cataluña y diversos grupos del catalanismo radical vieron en el presidente americano un avalador de sus aspiraciones autonomistas⁸⁶.

Con la guerra llegando a su fin, la emergente cultura política democrática continuaba a la espera de que Alfonso XIII emprendiera de una vez por todas las reformas constitucionales. Los intelectuales que habían convertido su aliadofilia en militancia interpretaron la derrota de Alemania como el fin de la autocracia y el triunfo de la democracia. El viejo mundo que desaparecía con la abdicación de los Hohenzollern y los Habsburgo debía dar paso, también en España, a un nuevo régimen. En este contexto de esperanza y euforia, Ortega se había multiplicado desde las páginas de *El Sol*. Desde una perspectiva que se pretendía fuera de toda polémica y toda toma de partido había mostrado en los años anteriores en *El Espectador* la potencialidad de un cambio *total* –social e individual a la vez– que la guerra podía traer a Europa y España⁸⁷. En *El Sol*, la visión orteguiana de la guerra –“turquesa formidable de fuego y muerte”– como antídoto y formadora de un nuevo hombre se hizo más explícita. “Vive hoy el militar europeo enterrado en la trinchera; cuando salga de ella veremos que la mitad de su cuerpo es obrero. Y sentirá abominable repugnancia por todos los arcaicos privilegios que hacían del Ejército un ejemplar de faunas desaparecidas”, escribía el 28 de diciembre. Como afirmaban la mayoría de sus antiguos compañeros de *España*, pensaba que el equilibrio estaba roto definitivamente y el sistema de la Restauración tenía sus días contados. Así lo escribió el 15 de noviembre,

“Aún cuando todos los españoles detestásemos el estado revolucionario, en él nos hallamos y en él seguiremos un largo espacio por una forzosidad de mecánica social. Un sistema de equilibrio público se ha roto, afortunadamente. El nuevo sistema de público equilibrio no se ha alcanzado aún, desgraciadamente”.

La guerra podía ser una demostración rotunda de la derrota de la inercia del siglo XIX y el parlamentarismo, una “sublime podadora” que, a pesar de sus defectos, había tenido la virtud de “sacudir la inercia social echando por la borda toda institución caduca”. Entre estas instituciones, sostenía en este artículo publicado en *El Sol* el 15 de febrero de 1918, había que contar a las democráticas, no solamente a las tradicionales. Seis días después, siempre en *El Sol*,

⁸⁵ Manuel NÚÑEZ DE ARENAS: “Dos proyectos de ley. Ideologías viejas en tiempos nuevos”, *España*, 23 de mayo de 1918, p. 3; Álvaro de ALBORNOZ: “La propaganda de las izquierdas. Vamos a cosas nuevas”, *España*, 15 de agosto de 1918, p. 5.

⁸⁶ Enric UCCELAY-DA CAL: “Wilson i no Lenin. L’esquerra catalana i l’any 1917”, *L’Avenç*, número 9, 1979, pp. 53-58.

⁸⁷ “El genio de la guerra y la guerra alemana” y “Horizontes incendiados”, en José ORTEGA Y GASSET: *El Espectador*, Madrid, Edaf, 1998, pp. 155-205 y 71-74.

ampliaba esta idea al argumentar una rotunda crítica a los parlamentos, que significaban “la derrota de toda competencia y a la vez el triunfo de los hombres de segunda calidad”, los políticos parlamentarios, a los que llegaba a identificar como simples agitadores. La guerra había abierto la puerta hacia nuevos caminos, hacia “nuevas rutas de vida”, que las minorías directivas de las sociedades europeas estaban señalando. La salida a la crisis española estaba en los intelectuales⁸⁸.

A pesar de haber compartido la euforia ante la llegada del gobierno de concentración encabezado por Antonio Maura, Ortega se desencantó rápidamente y ante el fracaso del último intento del sistema restauracionista creyó que, ahora sí, llegaba la hora de ensayar lo nuevo. Pensó, como muchos intelectuales republicanos, reformistas y socialistas, que el antiguo poder de los partidos dinásticos se había evaporado definitivamente y que ellos, que eran los verdaderos corruptores, no podían restaurar el poder. El momento reclamaba con vehemencia la intervención de estos hombres nuevos:

“Se trata de sustituir radicalmente el eje histórico de la existencia nacional, de entregar España a otra clases y maneras de hombres. No es tiempo de blanduras ni acomodados. ¡Vosotros, los mejores, quienquiera que seáis; los que tenéis inteligencia y coraje suficientes, disponeos a resumir la historia no vivida de tres siglos en una historia ardiente de tres años!”⁸⁹.

El propósito era claro: liquidar la autocracia, el corrupto sistema de la Restauración, y dar vida a la incierta democracia que el fin del conflicto mundial parecía traer a Europa⁹⁰. El problema era que encontrar el sujeto de esta acción regenerativa parecía casi imposible. Los republicanos esperaban que la monarquía cayera por sí sola y los socialistas estaban reclusos después de la fracasada huelga de agosto del año anterior. Ortega consideraba fundamental que se otorgara un papel de primer orden a las minorías intelectuales no contaminadas por la vieja política⁹¹. Los reformistas, los regionalistas catalanes y los intelectuales, todos ellos ajenos a la vida política de la Restauración, eran los únicos capaces de llevar adelante una reforma constitucional y la previa convocatoria de unas Cortes Constituyentes, además de la instauración de la libertad de conciencia, la secularización del Estado y la descentralización territorial en una organización federativa, que permitiera la autonomía de aquellas regiones que lo exigiesen. Se trataba de una especie de socialización de la sociedad que habría de conducir a una cierta equiparación en todos los niveles de la clase obrera con el resto de las clases. Ortega

⁸⁸ Todos estos textos pueden consultarse en José ORTEGA Y GASSET: *Obras Completas. Tomo III*, Madrid, Taurus - Fundación Ortega y Gasset, 2005.

⁸⁹ La euforia, en “Albricias nacionales”, *El Sol*, 23 de marzo de 1918, p 1; el desencanto, en “En el momento de la paz. Los nuevos gobiernos que necesita España”, *El Sol*, 9 de octubre de 1918, p. 1. La vehemente cita del final, en “Los momentos supremos. III”, *El Sol*, 30 de octubre de 1918, p. 1.

⁹⁰ La dialéctica de lo nuevo y lo viejo, en Santos JULIÁ: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 168-170.

⁹¹ “La grave política de estos días”, *El Sol*, 25 de noviembre de 1918, p. 1.

lo resumía en tres temas fundamentales: reforma constitucional, descentralización y política social⁹².

En cierta manera, a excepción de la cuestión de la descentralización, los deseos de Ortega se expresaron en un nuevo agrupamiento de los intelectuales, la Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres. Fue la última demostración del turbulento proceso experimentado desde 1917 al calor del cual las manifestaciones en favor de los aliados se habían ido convirtiendo en instancias simbólicas de ruptura con la España dinástica que rechazaba la cultura francesa y el espíritu de 1789. En este desarrollo, los intelectuales se habían investido de una nueva misión: defender el porvenir de la democracia en España a través de la causa aliada. Por todo ello, frente a la inminencia de la paz decidieron transformar y radicalizar la Liga Antigermanófila en este nuevo agrupamiento, que reivindicó la democratización de la vida española desde su manifiesto fundacional. Buscaban conseguir una participación española en los asuntos europeos y sentir “la sacudida espiritual” que estaba “conmoviendo las bases del mundo”. España debía ser parte del nuevo escenario formado “solamente de democracias” y su democratización había de ser una “de las tareas de la sección española de la Liga de la Sociedad de las Naciones Libres”. La conclusión del manifiesto era toda una llamada a la acción,

“Españoles: ha llegado la hora de demostrar que somos dignos de pertenecer como pueblo y como Estado, a una comunidad de democracias civilizadas, y que no queremos seguir viviendo aislados de los dolores y esperanzas del mundo ni regidos por poderes irresponsables ante la única soberanía del pueblo”⁹³.

Como era habitual, los periódicos reformistas, republicanos y socialistas saludaron con entusiasmo esta nueva iniciativa⁹⁴.

La primera lista de firmantes reunía un grupo de intelectuales y políticos que en los años anteriores habían orbitado alrededor del reformismo, el republicanismo y el socialismo: Miguel de Unamuno, Luis Simarro, Manuel Cossío, Adolfo Buylla, Luis Hoyos Sainz, Gregorio Marañón, Gustavo Pittaluga, Manuel Azaña, Álvaro de Albornoz, Emilio Menéndez Pallarés, Luis Bello, Américo Castro, Ramón Pérez de Ayala, Manuel Núñez de Arenas, Luis Bilbao y Luis Araquistáin, entre otros. La redacción de *España* fue la sede de este nuevo agrupamiento y Manuel Azaña, secretario del Ateneo y del Partido Reformista, actuó también como secretario de la Unión, ya que todas las miles de adhesiones que llegaron posteriormente a la dirección del semanario estuvieron dirigidas a él.

⁹² José ORTEGA Y GASSET: “Los momentos supremos. Idea de un programa mínimo”, *El Sol*, 4 de noviembre de 1918, p. 1.

⁹³ “Un llamamiento. Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres”, *España*, 7 de noviembre de 1918, pp. 3-4.

⁹⁴ “Un llamamiento. Unión Democrática Española”, *El Sol*, 8 de noviembre de 1918, p. 3; “Un llamamiento”, *El País*, 11 de noviembre de 1918, p. 2.

Acompañando este manifiesto, Luis Araquistáin incluyó en *España* un artículo en el que sostuvo que el pueblo español no debía esperar ya nada de García Prieto, Maura, Dato, Alba o Cambó y que las “alternativas, en un país que se disuelve por falta de gobernantes, como España, es la revolución o una dictadura antiliberal y antidemocrática”. Había llegado “la hora de mirar serenamente, unos y otros, a las orejas del lobo”. Pero Alfonso XIII no tomó en serio las propuestas de apertura formuladas frente a la crisis terminal del gobierno de concentración de Antonio Maura. El 7 de noviembre, dos días antes de la llegada al poder otra vez del marqués de Alhucemas, *El Sol* se preguntaba si el Rey intentaría, “contra la voluntad de España”, volver a entregar el poder a la vieja política. Tres días después, el propio periódico se respondía: “La política española sigue ignorando la transformación que sufre el mundo”. La contraposición con Alemania, donde solo un día antes había abdicado Guillermo II, era tremendamente desesperanzadora. La desazón fue mucho mayor cuando pocas semanas después Alfonso XIII encargó al conde de Romanones que, por enésima vez, formara un nuevo gabinete. La crisis que había de sintetizar y sublimar todas las aspiraciones que los intelectuales aliadófilos habían construido y defendido durante los cuatro largos e intensos años de la guerra parecía cerrarse en falso, con un triunfo aliado que había sido celebrado en muchas calles del país, pero también con una vuelta a la más vieja política y al régimen que la nueva España rechazaba y se había propuesto superar.

Frente al estallido de la revolución en Alemania, parecía España volver a confirmarse como una excepción en el contexto europeo. En la hora de la paz, se había decidido reemplazar a Maura por García Prieto, y a este, por Romanones. Esto parecía ser todo, “mientras el mundo subía tan alto, España no podía descender más abajo”. Una vez asumida la negativa de la monarquía a tener en cuenta a los reformistas, las izquierdas decidieron que se debía trabajar ya en una perspectiva republicana. Así lo planteó Araquistáin,

“La monarquía no ha querido aceptar el único cable que podía, si no salvarla, hacer pacífico y legal su tránsito a mejor vida: el reformismo. El reformismo, después de eso y de los grandes acontecimientos ocurridos en el centro de Europa, hará bien en arrollar de nuevo su cable. Mejor será que lo reserve para lanzárselo a la república que llega de los campos de batalla”⁹⁵.

“Hay que hundir la monarquía para alzar España; para conquistar la ciudadanía europea”, escribió Marcelino Domingo. La lucha continuaba, “Hombres de letras y hombres de azada hombres de la Universidad y hombres de la fábrica; hombres del cuartel y hombres de la calle; hombres selectos de la democracia y hombres humildes que sois pilares de la democracia,

⁹⁵ Luis ARAQUISTÁIN: “Ante la crisis. Entre dos dictaduras y una revolución”, *España*, 7 de noviembre de 1918, p. 5; Luis ARAQUISTÁIN: “Fin de la tragedia. Paz libertadora en el mundo. Paz ominosa en España”, *España*, 14 de noviembre de 1918, pp. 3-5.

¡vayamos a esta acción con toda el alma!”⁹⁶. El fin de la Gran Guerra no había cerrado los múltiples procesos políticos, culturales, sociales y económicos abiertos en 1914. Los había elevado a su máxima expresión.

Ideas finales

La Gran Guerra fue un auténtico catalizador tanto para unos nuevos regímenes que nacieron al calor del fin del conflicto en nombre del interés popular y no de unas minorías aristocráticas que ya pertenecían al pasado. En el contexto de la caída de los grandes imperios y su reemplazo por renovados sistemas parlamentarios, tuvo lugar una transición a la política de masas que se desarrolló a través de complejos procesos en los que convivieron propuestas nacionalizadoras con altos niveles de violencia social y política. En los años veinte y treinta, Europa hubo de resignarse a un inestable *statu quo* garantizado de manera precaria por la Sociedad de Naciones y, parafraseando a John M. Keynes, a las consecuencias económicas, sociales y políticas de la paz. Las crisis derivadas del reacomodamiento de la democracia liberal a las exigencias de participación de las masas y del surgimiento de alternativas políticas a un sistema sospechoso de caducidad marcaron un período fuertemente condicionado por la revolución bolchevique en 1917 y el inicio de la dictadura de Mussolini en 1925. En este marco, los intelectuales, que habían intervenido de maneras diversas pero todas muy decididas en el conflicto europeo, profundizaron unas relaciones con la política –en muchos casos expresadas en militancias partidarias– que en 1927 fueron denunciadas por Julien Benda en su famoso *La Trahison des clercs*. Justamente estas relaciones con una *nueva* política despertaron en ellos reflexiones y opciones que no pueden entenderse de manera apriorística ni fuera de este contexto en constante mutación. Entre la Gran Guerra y la inmediata posguerra se desarrollaron una serie de experiencias comunes y unas revisiones sobre conceptos como nación, nacionalismo, federalismo y liberalismo –entre muchos otros– que trascendieron las fronteras nacionales.

En España, como en Europa, las críticas al liberalismo ganaron el centro de la política en los años previos a la llegada de Primo de Rivera al poder. En este marco debe comprenderse el profundo antiparlamentarismo que se extendió entre los intelectuales después del fracaso del gobierno encabezado por Maura en 1918 y los sucesivos cambios en el poder posteriores. Entre noviembre de 1918 y mayo de 1920 accedieron a la presidencia García Prieto, Romanones, Maura, Sánchez de Toca, Allendesalazar y, otra vez, Eduardo Dato. Todos eran representantes de la vieja política y encarnaban el sistema político que había sido profundamente cuestionado por los sectores aliadófilos. Habían sido los responsables de construir unas mayorías políticas en el Parlamento que habían estado a punto de ser definitivamente desterradas.

⁹⁶ Marcelino DOMINGO: “Un llamamiento. España quiere ser”, *España*, 14 de noviembre de 1918, p. 9.

El entusiasmo inicial por la Sociedad de Naciones acabó por desvanecerse del todo al ver que España era aceptada en su seno. Araquistáin, que había afirmado que “sería ridícula contradicción que países como Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, piedras angulares de la Sociedad de Naciones, apoyasen por acción o omisión una autocracia después de haber proclamado que la guerra era, y eso ha sido, una lucha de democracias contra autocracias”, se mostró ciertamente decepcionado⁹⁷. Unamuno manifestó también sus críticas a la política de Wilson y al proyecto de la Sociedad de Naciones⁹⁸. Socialistas y republicanos, por su parte, vieron con desesperanza como las promesas del cambio político en España se desvanecían. A partir de entonces, el PSOE cambió por completo de orientación y empezó a observar con mayor interés el experimento soviético. Julián Besteiro afirmó en enero que había comenzado un enfrentamiento entre la autocracia, que en el fondo se confundía con la burguesía, y la democracia, que se encarnaba en el proletariado, que se prolongaría hasta que el colectivismo fuera implantado en todo el mundo civilizado. Como parte de este objetivo general, aceptaba que la dictadura del proletariado representaba un sistema transitorio indispensable para acabar con el capitalismo. Desde esta perspectiva, en la primera reunión que la Internacional Socialista celebró tras la guerra en febrero de 1919, se opuso como delegado del PSOE a la resolución presentada por el sueco Hjlmar Brantig que, sin condenar expresamente la dictadura bolchevique, afirmaba que “un desarrollo socialista efectivo” sólo era posible “bajo la ley de la democracia”⁹⁹.

Influido por la nueva situación, Luis Araquistáin comenzó a augurar una “crisis suprema” en la que el socialismo debería tener una incidencia central. Frente al recrudecimiento de la cuestión social y de la represión del gobierno, trazó una clara línea de continuidad entre la guerra y la posguerra en España,

“El futuro teutónico fue utilizado por nuestros gobernantes para cercenar la libertad de emisión del pensamiento en la prensa y en la tribuna pública. (...) Ahora es el fantasma del bolchevismo el que ha sustituido al furor teutónico para mantener en suspenso las libertades individuales y colectivas”¹⁰⁰.

Él, un hombre formado en los principios del liberalismo inglés, empezó a imaginar la acción política fuera del Parlamento, al que relacionó ya sin ambigüedades como un instrumento de la monarquía y no como un potencial foro de proyección de un régimen democrático. La alternativa era la acción en las calles y el modelo de las ocupaciones de las fábricas italianas del

⁹⁷ Luis ARAQUISTÁIN: “La lógica de la guerra. España ante la justicia internacional”, *España*, 28 de noviembre de 1918, pp. 3-4.

⁹⁸ “La Liga de las Naciones”, en Miguel de UNAMUNO: *Desde el mirador...*, pp. 472-475.

⁹⁹ Juan AVILÉS: *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, pp. 104-108.

¹⁰⁰ Luis ARAQUISTÁIN: “Hacia la dictadura. El fin de una constitución”, *España*, 22 de mayo de 1919, pp. 3-4; véase también “Sintomatología revolucionaria”, *España*, 21 de febrero de 1920, pp. 1-2

bienio rosso pareció ser un ejemplo a tener en cuenta. La apelación revolucionaria era una necesidad vital para España, “un pueblo totalmente inepto para el régimen parlamentario”¹⁰¹. La entrada de los reformistas en el gobierno de concentración liberal de diciembre de 1922 – Melquíades Álvarez ocupó la presidencia del Congreso– acabó por consolidar sus aspiraciones revolucionarias.

Ante la decepción por la oportunidad perdida, los intelectuales reformistas pasaron de una posible concreción de sus anhelos regeneradores propiciados por la victoria aliada a una profunda desazón al ver que todos sus proyectos habían acabado condenados al fracaso. Frente a esto adoptaron posturas divergentes. En algunos casos iniciaron un período de alejamiento de la primera línea de la intervención política, tal como demuestran los divergentes casos de Unamuno, Ortega y Azaña. Para Unamuno, con el final de la guerra finalizó un período de intensa actividad en la prensa –unos 600 artículos en cuatro años– y se inició otro señalado por un gran desaliento por la situación española¹⁰². Ortega, receloso ante el escaso poder de los intelectuales en su omnipresente tarea de dirigir a unas masas que no se dejaban dirigir, acabó por refugiarse en una nueva iniciativa de pedagogía intelectual, la *Revista de Occidente*. Azaña, por su parte, marchó a París en febrero de 1919 y poco tiempo después inició un nuevo proyecto editorial mucho menos político, la revista *La Pluma*. Para otros intelectuales, la opción fue diferente. Como muestran los casos de Araquistáin o Eugenio d’Ors el fin de la guerra les condujo a una radicalización de sus actitudes críticas y les acercó a las opciones que impugnarón activamente el régimen restauracionista¹⁰³.

Avanzando una interpretación que han compartido Gerald Meaker y Francisco Romero Salvadó, diez años después del final de la Guerra Civil, en el exilio de Buenos Aires, Francisco Ayala publicó *La cabeza del cordero*, un conjunto de narraciones cuyo proemio planteaba que las divisiones ideológicas de la Guerra Civil había tenido sus orígenes en la Primera Guerra Mundial, donde los “partidos diseñaron, en aquella España neutralizada, el tajo que más tarde escindiría a los españoles en dos bandos irreconciliables”¹⁰⁴. A pesar de que no es conveniente exagerar esta interpretación ya que no solamente varios casos individuales llevan a matizar el establecimiento de una división tajante entre izquierdas-aliadófilas y derechas-germanófilas – Francisco Melgar, Azorín y Alcalá Galiano, entre los aliadófilos; Baroja, entre los germanófilos– sino que también es fácilmente detectable la circulación de conceptos compartidos entre ambos sectores (latinismo, federalismo o iberismo), los planteamientos

¹⁰¹ Luis ARAQUISTÁIN: “La atrofia del Parlamento”, *España*, 30 de octubre de 1920, pp. 1-2.

¹⁰² Jean-Claude y Colette RABATÉ: *Miguel de Unamuno. Biografía*, Madrid, Taurus, 2009, pp. 389-398.

¹⁰³ Sobre Araquistáin, véase Ángeles BARRIO: “Estudio preliminar”, en Luis ARAQUISTÁIN, *La revista España y la crisis del Estado liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2001, pp. 13-64; sobre Eugenio d’Ors, Maximiliano FUENTES CODERA, “Hacia lo desconocido. Eugenio d’Ors en la crisis de la conciencia europea”, *Historia Social*, 72 (2012), pp. 23-42.

¹⁰⁴ Citado en Javier KRAUEL: “Visión parcial del enemigo íntimo: La Gran Guerra como antesala de la Guerra Civil”, *Vanderbilt e-Journal of Luso-Hispanic Studies*, 5 (2009), <http://ejournals.library.vanderbilt.edu/ojs/index.php/lusohispanic/article/view/3230/1439>.

alrededor de la idea de una “guerra civil” continúan siendo fundamentales para comprender la importancia del impacto del conflicto. En este sentido, no pueden dejarse de lado las huellas de la Gran Guerra en la política y los intelectuales en una España que a pesar de que no tuvo los millones de ex-combatientes que nutrieron las diferentes propuestas de nacionalismo radical en Europa, vio cómo los discursos políticos, las lecturas de las opciones posibles frente a un régimen en crisis, y la necesidad de articular nuevas formulaciones para renovar las culturas políticas nacionalistas resultaron profundamente afectadas.

El impacto de la Gran Guerra sobre la política y los intelectuales en España fue, vale la pena insistir en ello, más importante que lo que se ha pensado. O al menos, que lo que se ha escrito. Los cambios políticos e ideológicos –también económicos y sociales– que ella produjo globalmente fueron profundos y sus consecuencias se observaron en las décadas siguientes. Durante su desarrollo se produjo una revisión de una serie de conceptos que habían sido fundamentales en la configuración del pensamiento regeneracionista desde finales de siglo. Entre estos conceptos, la idealización de Europa resultó sensiblemente afectada. Así lo mostró, por ejemplo, Ortega, quien en 1910 había afirmado que “España era el problema y Europa la solución”. Después de la guerra juzgó a Europa de una manera diferente. En el prólogo a la segunda edición de *España invertebrada*, publicado en octubre de 1922, afirmó que los años posteriores al conflicto europeo habían llevado a una profunda depresión de la potencialidad de las naciones europeas, que transitaban entonces “el momento más grave de toda su historia”¹⁰⁵. La imagen de las trincheras, que se había hecho habitual en sus meditaciones durante estos años, indica la influencia que había tenido la Gran Guerra en la trayectoria ideológica de un Ortega que, fiel a su optimismo, había tendido a adoptar un gesto de entusiasmo sin dejar de denunciar la crueldad de los frentes o de criticar la exaltación patriótica de Max Scheler o Hermann Cohen. Y con ese gesto de entusiasmo saludó, también, al obrero-guerrero, nuevo protagonista social forjado en los campos de batalla, que simbolizaba ya el principio de trabajo y el de la nación, personificando en el obrero el abnegado compromiso con la comunidad, y en el guerrero la ejemplaridad de los mejores que habían de organizar la nación¹⁰⁶. Después de 1919, Europa había quedado extenuada y España ya no podía buscar la solución en ella. Al menos, no en el modelo de Europa en el que Ortega pensaba antes de 1914.

Claramente, la idealización de Europa como horizonte regenerador tendió a verse sensiblemente limitada durante los años de posguerra por dos razones. Por un lado, la creciente percepción de que la guerra había sido un auténtico desastre civilizatorio –que se extendió en Francia al compás de una creciente simpatía por un pacifismo intelectual que acabó por vincularse en no pocos casos con el bolchevismo, tal como ilustra el caso de la revista *Clarté*–.

¹⁰⁵ José ORTEGA Y GASSET: “Prólogo a la segunda edición”, en *España invertebrada. Bosquejos de algunos pensamientos históricos*, Espasa, Madrid 2006, p. 35.

¹⁰⁶ Sabine RIBKA: “Ortega y la ‘Revolución Conservadora’”, *Historia y política*, 8, 2002, pp. 184-186.

Por el otro, a nivel local, la decepción por la escasa receptividad mostrada por las potencias vencedoras hacia los reclamos de democratización del sistema restauracionista. En Cataluña, vale la pena recordarlo, esta decepción se expresó también ante el fracaso de la política autonomista, que no contó con el esperado apoyo de Clemenceau.

La crisis de la modernidad abierta con la Gran Guerra acabó por expandir las opciones políticas y culturales que marcaron los agitados años veinte y treinta en España y Europa. También contribuyó de manera decisiva en la (re)lectura generacional, en el trazado de una distinción entre los hombres del 98 y del 14, que se expresó en la aproximación de los jóvenes hacia la política y en un cierto sentido de pertenencia como colectivo que las polémicas de la guerra consolidaron. Así lo reconoció Miguel de Unamuno en una especie de mea culpa generacional realizado en *Nuevo Mundo*,

“Nuestro pecado [el de los del 98] fue partir a buscar una patria –o una *matria*, es igual– y no una hermandad. No nos buscábamos unos a otros, sino que cada cual buscaba su pueblo. O mejor dicho, su público. La patria que buscamos era un público, un público, y no un pueblo y mucho menos una hermandad”¹⁰⁷.

Este distanciamiento expresó al mismo una línea de continuidad con la tarea del institucionismo, el Ateneo madrileño y la propia revista *España*, sectores todos que se habían asumido una posición favorable de los aliados entre 1914 y 1918. No por casualidad la crítica a la generación del 98 y a los valores que esta proyectaba había sido una constante entre los intelectuales germanófilos.

En cierta manera, donde se vio con más claridad esta línea de continuidad generacional y, al mismo tiempo, la percepción de que la regeneración, como la nación, se había convertido en un proyecto inacabado fue en *España*, la única iniciativa editorial de envergadura nacida al calor de la guerra que continuó más allá de 1919. La sustitución de Araquistáin por Azaña en 1923 en su dirección resulta suficientemente ejemplificadora de la deriva una parte significativa de la aliadofilia española. También es ilustrativo que algunas de las principales figuras del campo germanófilo –Vicente Gay, Eloy Luis André, Vázquez de Mella, Jacinto Benavente, Edmundo González Blanco– se convirtieran en las décadas posteriores en personajes más o menos relevantes de diferentes grupos de las derechas españolas. También lo es que el periódico germanófilo *La Nación*, de Delgado Bareto y Juan Pujol, fundado durante el conflicto bajo los auspicios económicos de Alemania, acabara convirtiéndose en el portavoz de la dictadura de Primo de Rivera.

Tal como sucedió en el conjunto de los nacionalismos europeos durante las primeras décadas del XX, el binomio decadencia-regeneración constituyó una pieza esencial en la estructuración del nacionalismo español durante los años de la guerra. Durante este proceso, la posibilidad de

¹⁰⁷ Miguel de UNAMUNO: “La hermandad futura”, *Nuevo Mundo*, 5 de julio de 1918, p. 27.

convertir a España en una nación *vital* se disputó desde discursos antagónicos que mezclaron conceptos como neutralidad, aliadofilia, germanofilia y españolismo. En este marco se reformularon antiguos proyectos políticos y nacionalizadores. En un campo, la necesidad de una renovación del discurso nacional comenzó a tener en la crítica al régimen de la restauración y a la corona uno de sus puntos clave hacia 1917. Por eso, también, la cuestión del republicanismo pudo ser –mucho más que antes– una vía de renovación del discurso nacional o, como ha escrito recientemente Àngel Duarte, una manera de liberar a España de sí misma¹⁰⁸. En el otro, la defensa del sistema restauracionista se mezcló con la defensa de la neutralidad oficial y de los valores de jerarquía y orden representados por el Imperio alemán. Así, el debate se centró entre intervención y neutralidad, entre el cuestionamiento del régimen que propugnaba el sector mayoritario de la aliadofilia o la defensa del statu quo que sostenían los germanófilos. Todo ello acabó por abrir las puertas a la crisis del liberalismo como horizonte político y como remedio de los males de la política española que acabó expresándose en las décadas siguientes. El carácter militante asumido por muchos intelectuales durante la guerra, la movilización cultural expresada entre 1914 y 1918, se convirtió en una guía de lectura para la política, la cultura y las actitudes asumidas en los años veinte y treinta.

¹⁰⁸ Àngel DUARTE: “La República, o España liberada de sí misma”, en Javier MORENO LUZÓN y Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS (eds.): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA, 2013, pp. 104-132.